



CONSIDERACIONES ACERCA DE LA PRACTICA

Por Juan Mario Castellanos.

PREAMBULO

En el presente trabajo se pueden distinguir dos aspectos principales. El primero de ellos consiste en la sucinta recapitulación de algunas determinaciones específicas de la práctica humana, con base en las valiosas aportaciones hechas modernamente por diversos investigadores científicos. Como casi todo lo dicho en este sentido es simple repetición de otros autores, el número de citas podría ser muy grande mas considerando que dificultarían la lectura y la comprensión del tema desarrollado, hemos optado por exponer la mayor parte de las ideas y teorías sin referirnos expresamente a sus descubridores. Pero al mismo tiempo, las pocas citas que se hacen no tienen solamente un carácter nominal, sino que también son simbólicas, representativas. Esto quiere decir que ellas se hacen más bien para atestiguar nuestra deuda con ciertos nombres de investigadores y de obras, deuda esa que desde luego no se agota de ninguna manera con las pocas referencias que aparecen.

El segundo aspecto de este estudio consiste en un intento de coayudar a la maduración de nuevas consideraciones acerca de la misma práctica humana.

Para eso, adoptando diferentes puntos de vista, hacemos algunas alusiones a temas que posteriormente se pueden desarrollar con mayor amplitud. Dichos temas son primordialmente tres. 1) la función crucial desempeñada por la práctica en la fundamentación y elaboración de las diversas disciplinas de la ciencia de la filosofía, tales como la ontología, la epistemología, la lógica y la metodología. 2) la distinción, enumeración e interrelación existente entre las diversas actividades sociales, como manifestaciones históricas de la práctica humana. Y 3), la distinta determinación de la dialéctica externa e interna de la categoría de práctica, como reflejo abstracto de la práctica social en su desenvolvimiento histórico. Como es natural, los tres temas se encuentran vinculados, y sus resultados se reuerten unos en otros. Pero si atendemos a sus diferencias peculiares podemos decir que el desarrollo del primero sería de interés para una estructuración y clasificación de las diversas ciencias filosóficas, el desarrollo del segundo podría ser útil para reconstruir una historia general de la práctica, que constituiría la columna vertebral de la teoría del materialismo histórico; y finalmente, el desarrollo del tercer tema aportaría datos de interés para la determinación categorial de la práctica, a la altura de una metodología dialéctica o una dialéctica general. En todo caso, como el tratamiento específico de cualquiera de esos temas implica una ardua labor de investigación filosófica, debe quedar bien claro que en el presente estudio no abordamos ninguno de ellos de manera frontal, limitándonos a hacer algunas consideraciones generales que pueden señalar el camino de trabajos futuros.

I—LA PRACTICA COMO FUNDAMENTO DE UNA FILOSOFIA CIENTIFICA

1. Fundamento del Materialismo

La actividad social del hombre, la práctica humana, es la definitiva comprobación de la existencia de un mundo exterior, material y objetivo, independiente del pensamiento humano. Durante más de dos milenios los filósofos participaron en un gigantesco debate acerca de la existencia o no existencia de una realidad material, exterior, y acerca de su dependencia o no dependencia del pensamiento o espíritu humano. El tema debatido se convirtió en el problema fundamental de la filosofía, agrupando a los participantes en dos corrientes contrapuestas, la corriente de los idealistas y la de los materialistas. Los primeros, los idealistas, negaban la existencia del mundo exterior, objetivo, o en el caso de aceptar su existencia lo consideraban un producto subordinado del espíritu, de la no-materia. Lo materialistas, por el contrario, afirmaban la existencia del mundo exterior, y si bien admitían la presencia del espíritu, proclamaban la absoluta independencia de la materia frente a él, y es más, la natural dependencia del espíritu respecto a la materia. La imposibilidad de encontrar una solución estable al problema radicaba ante todo en el carácter puramente teórico, especulativo, ideal, en que se mantenía el debate. Fue hasta casi mediados del siglo pasado, entre los años de 1844 y 1848, que Marx descubrió a la práctica humana como criterio definitivo para esclarecer el problema. Porque el problema de la existencia o no existencia de una realidad material, exterior y objetiva, no es un problema teórico, sino práctico. Esto quiere decir que es la práctica humana, las diversas actividades sociales que el hombre ejecuta, el trabajo, la acción política, la investigación científica, etc., la que constituye el criterio váli-

do para comprobar definitivamente la existencia o no existencia del mundo exterior, material, así como su peculiar relación con el espíritu. Y como precisamente esa práctica comprueba unívocamente la existencia de tal mundo, así como la natural dependencia del espíritu humano respecto a él, viene a constituir, en último término, el fundamento definitivo del materialismo, y mejor aún, el fundamento definitivo del nuevo materialismo el materialismo marxista.

La diferencia inmediata existente entre el antiguo materialismo y el materialismo marxista, es el criterio impuesto por la práctica en su fundamentación. Criticando a Feuerbach, dice Marx. "Hasta ahora, la principal deficiencia de todo materialismo es que sólo concibe al contra-objeto, a la realidad, a la sensoriedad, bajo la forma del *objeto* o de la representación, y nunca como *actividad* sensorial humana, como práctica no subjetiva. Feuerbach desea la existencia de los objetos sensibles verdaderamente distintos de los objetos del pensamiento, pero no capta a la actividad humana misma como objetiva" (1), "no satisfecho con el *pensar abstracto*, desea la *representación*, pero no concibe a la representación como actividad práctico humano-sensible" (2) Y precisamente al no comprender a la práctica humana como actividad sensorial, objetiva, no comprende tampoco las transformaciones de que es capaz y no realiza dicha práctica como "actividad revolucionaria", transformadora de las condiciones materiales —naturales y sociales— en que vive. Por el contrario, Feuerbach, a pesar de ser materialista, se vuelve a perder en especulaciones teóricas, en representaciones esquemáticas y rígidas. "Los filósofos sólo han *interpretado* de modos diversos el mundo —anota Marx—, cuando de lo que se trata es de transformarlo" (3).

En resumen al comprobarse por medio de la práctica la existencia del mundo material, objetivo, y también la natural dependencia del espíritu humano respecto a él, se fundamenta en nuevo materialismo asumiendo simultánea y recíprocamente:

- 1) La *comprensión* de la práctica humana como una actividad social, objetiva, y
- 2) la *realización* de esa práctica como actividad revolucionaria, es decir, transformadora de las condiciones materiales en que vive el hombre.

Estos dos aspectos del nuevo criterio práctico que constituye la base del materialismo marxista, señalan una diferencia radical frente a otros materialismos. Por un lado, hacen que el materialismo marxista sea un materialismo revolucionario, activo, que impulsa al hombre a la acción, a la transformación del mundo de acuerdo con sus necesidades y posibilidades. Y por el otro, asientan las bases de una filosofía científica, y más específicamente, de una *ciencia de la filosofía*, es decir, elevan la especulación teórica, ideal, al nivel de la ciencia, racional y objetiva. Pero simultáneamente, claro está, hacen depender el grado de desarrollo de la filosofía científica del grado de desarrollo de la práctica transformadora, y viceversa. El grado de desarrollo de la práctica transformadora se ve influido por el grado de desarrollo de la filosofía científica.

(1) *Thesen über Feuerbach*, en K. Marx, F. Engels, *Die Deutsche Ideologie*, Berlin, Dietz Verlag, 1957, pag. 593, tesis 1.
 (2) *Opus cit.*, pag. 594, tesis 5.
 (3) *Opus cit.*, pag. 595, tesis 11.

Interrelación que no es sino la misma existente entre la comprensión y la realización de la actividad práctica, social, como tal.

La práctica humana, al solucionar el problema fundamental de la filosofía, pues, se constituye en el fundamento definitivo del nuevo materialismo, el materialismo científico. El materialismo científico es la conjugación de la filosofía como ciencia con la actividad social, la práctica humana. En el aspecto en que fundamenta al materialismo científico, la práctica proporciona inmediatamente los presupuestos básicos para el futuro desarrollo de una nueva disciplina filosófica: la ontología científica. La ontología científica tendrá que ser una de las disciplinas fundamentales de la nueva ciencia de la filosofía, la disciplina encargada de estructurar las propiedades más generales del ser, del universo, y del sentido y los límites propios de ellas, tomando en cuenta los resultados obtenidos por las diversas actividades sociales del hombre en su nivel más avanzado. En otras palabras, la ontología científica sería la expresión filosófica propia de la teoría del materialismo dialéctico, teoría que en todo caso constituiría su médula y fundamento. Lamentablemente, hasta la fecha, dicha disciplina no ha adquirido su calidad de tal. Por un lado, se le ha tratado de rebajar hasta un mero especular abstracto, escolástico, desprovisto de todo fundamento objetivo y racional. Por el otro, se le ha negado su independencia científica, relativamente desligada de las otras disciplinas filosóficas, de las teorías y los métodos generales de investigación. Sin embargo, como sus presupuestos básicos están dados desde el momento en que la práctica humana se constituyó en el fundamento del nuevo materialismo, es de esperar que su estructuración sea cosa del futuro no lejano. Por de pronto ya puede entreverse que, como toda nueva disciplina científica, en sus comienzos se verá obligada a efectuar una labor de crítica. Es decir, tendrá que comparar las diversas especulaciones teóricas existentes sobre el sentido del ser, sobre el universo en su conjunto, con los resultados prácticos de otras disciplinas de la ciencia de la filosofía ya fundamentadas sobre el materialismo científico, tales, la Epistemología, la Dialéctica de la Naturaleza, la Lógica Dialéctica, etc.

Pero hasta aquí sólo hemos considerado el atributo específico que se manifiesta en la práctica humana, al servir de criterio para la solución del problema fundamental de la filosofía, la práctica como fundamento del materialismo científico. Sin embargo, por las mismas consecuencias filosóficas y científicas que se desprenden de tal atributo, es fácil entrever la existencia de otro atributo más general, implícito en el primero. Efectivamente, si tenemos en cuenta que la solución del problema fundamental de la filosofía significó la solución de un debate teórico que se venía disputando a través de millares de años, la práctica humana se manifiesta como criterio para la solución de problemas teóricos aparentemente insolubles. La práctica humana manifiesta el atributo general de ser un criterio objetivo para mostrar la verdad, la parcialidad o la falsedad de las hipótesis o teorías planteadas. En otras palabras, la práctica humana se constituye explícitamente en criterio objetivo de la verdad.

2. *Criterio Objetivo de la Verdad*

De la misma manera en que la actividad social del hombre, la práctica humana, soluciona el problema fundamental de la filosofía, de esa misma manera dicha práctica, en cualquiera de sus manifestaciones sociales, da la pauta para

solucionar los problemas teóricos que se presentan como reflexión sobre las diversas actividades de los hombres. En otras palabras, la práctica humana es criterio objetivo de la verdad. “El problema —dice Marx— de si al pensamiento humano le corresponde o no una verdad objetiva, no es ningún problema de la teoría, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, esto es, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa sobre la realidad o no realidad del pensamiento —aislado de la práctica— es un problema puramente *escolástico*” (4)

Ahora bien, la práctica humana en cualquiera de sus manifestaciones sociales ha sido de hecho, a través de la historia de la humanidad, el espontáneo criterio objetivo de la verdad. Desde sus más remotos orígenes, el hombre siempre ha considerado como definitivo dilucidador de cualquier duda teórica, al quehacer humano práctico. La gran revolución marxista de la filosofía en general no consiste, pues, en *introducir* a la práctica en cuanto tal como criterio de la verdad, sino más bien en hacerla *consciente*, en esclarecerla conceptualmente como nunca antes y, por lo tanto, en elevar a primer plano el papel que dicha práctica ha desempeñado y desempeña en la historia del progresivo enriquecimiento cognoscente del hombre.

Esclareciendo ese papel al determinar a la práctica humana en cualquiera de sus manifestaciones históricas y sociales como criterio objetivo de la verdad, Marx consigue dos cosas:

- 1) Determina el papel de la práctica humana a la altura del análisis filosófico, dentro de una teoría del método. Esto es, elabora una metodología del razonamiento y la práctica, por lo cual esta última ya no es simple espontáneo criterio dilucidador de dudas, sino consciente criterio objetivo de la verdad y por eso, criterio científico para investigar la verdad objetiva.
- 2) Al comprender que los diversos pensamientos, hipótesis, etc., que el hombre configura en su mente, sólo pueden comprobar su verdad o falsedad a través de la práctica, comprende asimismo que la totalidad de los conocimientos del hombre, el espíritu humano, son solamente un reflejo más o menos abstracto, más o menos aproximado, de la realidad objetiva, material.

Lo primero coayuda a la estructuración del método científico de investigación, tanto en las ciencias naturales como en las ciencias sociales. Efectivamente, por un lado coloca al experimento y a la experiencia como criterios definitivos del conocimiento racional, sometiendo, por así decirlo, la especulación teórica a la actividad práctica: la teoría verdadera es aquella que la práctica confirma. Sin embargo, por el otro lado, destaca a la práctica como un medio para aumentar el conocimiento, como un medio para estimular, por así decirlo, la especulación racional. En este sentido se dan momentos en que la teoría condiciona a la práctica: la práctica verdadera es aquella que la teoría señala y determina. En resumen, comprueba que el método científico de investigación solamente garantiza un conocimiento progresivo, parcial, perfectible de las cosas, que va de la práctica a la teoría y de la teoría a la práctica, en un incesante proceso

(4) *Opus. cit.*, págs. 593-4, tesis 2.

de mutuo condicionamiento y corrección. Y comprueba que esta es la única clase de conocimiento *verdadero* que existe. Por lo tanto, define al método científico de investigación como *práctico-racional-progresivo*. O, en su más concreta determinación, como *materialista-dialéctico-histórico*. Esto tanto para las ciencias de la naturaleza como para las ciencias de la sociedad.

Lo segundo, la tesis de que todo el conocimiento humano, todos los productos del espíritu, no son sino un reflejo más o menos exacto de la realidad objetiva, material, proporciona las bases para el desarrollo de otras disciplinas filosóficas fundamentales la epistemología y la lógica científica. Dentro del campo *epistemológico*, descubre que todas las imágenes, ideas, conceptos y teorías no reflejan sino aspectos y relaciones de un determinado grupo de procesos reales, materiales, objetivos. Las mismas grandes concepciones del mundo, las grandes religiones, las cosmovisiones filosóficas, no constituyen sino el reflejo más o menos racional, más o menos científico, del conjunto total de los procesos reales conocidos a determinado nivel del desarrollo histórico del hombre y la sociedad. Por otro lado, en el campo de la *lógica* científica, introduce la seguridad de que las leyes más generales que se manifiestan en los procesos observados de la naturaleza y la sociedad son, en su abstracción, las mismas leyes que rigen los movimientos del conocimiento racional, del pensamiento, y por lo tanto, son las leyes lógicas fundamentales. De esa manera, el movimiento dialéctico del pensamiento es el reflejo abstracto, general y esencial del movimiento de los procesos reales, objetivos, del universo.

Entonces se ve que el atributo general de la práctica como criterio solucionador del problema fundamental de la filosofía, también contribuye a la formación de una filosofía científica. Las aportaciones fundamentales en los diversos campos antes mencionados, se reducen a ser distintas manifestaciones de un mismo logro fundamental, la determinación general de la práctica humana como criterio objetivo de la verdad. Esto se comprueba también al tener en cuenta la estrecha interrelación existente entre las distintas disciplinas filosóficas a que se refieren los diversos aportes antes mencionados, la metodología, la epistemología y la lógica. Desde un punto de vista formal las dos primeras, la metodología y la epistemología, se encuentran contenidas en la última, en la lógica, y se derivan de ella. Contradictoriamente, desde un punto de vista experimental, es la lógica la que deriva algunas de sus generalizaciones basándose en datos proporcionados por la metodología y la epistemología, o sea, que sus leyes se encuentran, en cierto modo, contenidas en ellas. Por el otro lado, la epistemología constituye la base inmediata y esencial para la elaboración de una teoría del método científico, para la elaboración de una metodología. La metodología amplifica a través de la práctica instrumental y la técnica los datos brindados por la epistemología, y siempre tiene en cuenta sus principios y leyes. Pero también la teoría del conocimiento va perfeccionando sus conceptos, va descubriendo nuevos aspectos del proceso del conocimiento, gracias a la elaboración de nuevas técnicas metodológicas e instrumentales (5) En todos los casos, las interrelaciones existentes constituyen un reflejo de la práctica como punto básico y crucial para la elaboración de las tres disciplinas filosóficas mencionadas.

(5) Esta última afirmación puede ser puesta en duda incluso por filósofos materialistas, que sin embargo se encuentran alejados de la práctica instrumental y técnica. Baste aquí señalar la influencia que la física atómica y la cibernética han tenido sobre la moderna teoría del conocimiento, y a través de ella, hasta en la misma lógica científica.

Si ahora recordamos que la práctica humana tomada en su atributo específico de fundamento del materialismo, daba los presupuestos inmediatos para la elaboración de una ontología científica, se nos pone al descubierto de un modo más completo e impresionante lo que dentro del ámbito de la lucha filosófica propiamente dicha, es conocido como la *revolución filosófica* de Carlos Marx. Es decir, cobra un sentido más cabal y propio el significado del esclarecimiento de la actividad práctica y de su realización, tal como él la efectuó la práctica humana en su conjunto y en su desarrollo se manifiesta como el imprescindible fundamento de toda filosofía que quiera ser científica.

II—LA ACTIVIDAD SOCIAL FUNDAMENTAL. EL TRABAJO

La práctica humana, como fundamento del materialismo y como criterio objetivo de la verdad es, en su más inmediata determinación general, una *actividad social*. Inversamente, toda actividad social es esencialmente manifestación específica de la práctica humana, o como decía Marx: "Toda vida social es esencialmente práctica" (6). De ahí que la práctica humana concreta sea en verdad cambiante, diversa, limitada, es decir, sea *histórica*. La práctica humana como actividad humana —no pues la categoría de práctica que posteriormente configura la reflexión filosófica—, es el concreto desarrollo de las diferentes y complejas actividades efectuadas por el hombre, en el progresivo desenvolvimiento histórico de la sociedad. Ese concreto desarrollo de la práctica humana constituye, por un lado, el principal quehacer social del hombre y, por el otro, el criterio por medio del cual el hombre ha ido ordenando, perfeccionando, sustituyendo y renovando sus concepciones parciales y totales del universo. Contrapuestamente, esas concepciones parciales o totales del universo, al hacerse más próximas a la realidad, al reflejar más justamente el desarrollo de los procesos del mundo material, objetivo, influyen sobre la práctica humana. Le estimulan la necesidad de crear utensilios e instrumentos que le permitan ampliar sus actividad transformadora sobre el mundo en que vive, brindándole simultáneamente los medios teóricos necesarios para esa creación. Esto, a su vez, refluye sobre las concepciones del mundo y las hace más aproximadas a la realidad, les corrige deficiencias, etc. Esto, nuevamente, revierte sobre la práctica humana y así sucesivamente (7).

En el concreto desarrollo histórico de la sociedad humana, aparece como actividad práctica fundamental del hombre, el trabajo (8). Por trabajo entendemos, en su noción más amplia, "la apropiación y transformación de la naturaleza que el hombre efectúa para satisfacer sus necesidades". Con el desarrollo del hombre y la sociedad, y con la creciente complejidad y diferenciación de la práctica, la anterior noción se hace insuficiente, va enriqueciendo su concretización con determinaciones más precisas, más específicas y verdaderas. Pero aun en tanto práctica social fundamental, el trabajo admite ya algunas determinaciones. Estas dependen del punto de vista o aspecto bajo el cual se considere, en relación al hombre mismo y a su actividad práctica general. Pueden enumerarse por separado y constituyen las funciones esenciales del trabajo como práctica social fundamental. Según el punto de vista o aspecto que tomemos, podríamos distinguir las siguientes.

(6) Opus cit., pag. 595, tesis 8.

(7) Cf. E. de Gortari, *Introducción a la Lógica Dialéctica*, México, FCE, 1959, 16. La categoría de práctica, pags. 66 y sigs.

(8) Mao-Tse Tung, *Acerca de la Práctica*, Peking, Edic. en Lenguas Extranjeras, 1960, pag. 1.

1) La función de práctica social históricamente *originaria*, paralela e *interactuante* en el proceso general de humanización del hombre y condicionadora de su evolución corporal.

2) La función de práctica social destinada *directamente* a producir los medios materiales de subsistencia del hombre (alimentos, vivienda, ropa, etc.), y de esta manera, destinada *indirectamente* a producir la vida, la existencia misma del hombre.

3) En tanto organiza la producción de los medios materiales de subsistencia, la función de actividad *social* fundamental, *determinante* de todas las otras actividades humanas y configuradora de una "forma de vida" (*Lebensform*) específicamente humana.

Ahora bien, estas tres funciones del trabajo como actividad social fundamental son esenciales, es decir, que se dan como características conjugadas, entrelazadas e interactuantes a lo largo del desarrollo histórico, concreto y real, del trabajo humano. Pueden resumirse al decir que así como el hombre es el realizador del trabajo propiamente dicho, así el trabajo es el creador del hombre como ser biológico y social. La interacción fundamental entre el hombre y la naturaleza y los nexos recíprocos que vinculan a los hombres dentro de la sociedad —red de relaciones mutuas que constituyen la "esencia del hombre"— no son sino el desarrollo histórico de la práctica humana fundamental: el trabajo humano. En dicho desarrollo las funciones esenciales antes mencionadas se mantienen como aspectos alternantes y principales, esenciales y caracterizadores de la actividad social llamada trabajo humano.

Pasemos ahora a analizar una a una las características o funciones enumeradas, aclarando algunas de las objeciones o dudas que puedan surgir.

1. *El trabajo como práctica social interactuante en el proceso general de humanización del hombre y condicionadora de su evolución corporal*

A esta primera función esencial del trabajo se le pueden oponer principalmente dos objeciones. La *primera* es que el proceso general de humanización del hombre —y específicamente su configuración corporal— se encuentra determinado esencialmente por cualidades genéticas, internas, hereditarias, y no por una actividad práctica exterior, ejecutada por el ser humano frente a la naturaleza y en la sociedad. La *segunda* es que si se admite la interacción del trabajo en el proceso general de humanización y en la evolución corporal del hombre, esa interacción es característica peculiar de la actividad práctica ejecutada por el hombre más primitivo, o más todavía, de la actividad social que acompañó a los antropoides parahumanos al iniciar y adelantarse en el proceso de humanización (9). Sin embargo, ambas objeciones se encuentran basadas en aspectos incompletos de la realidad, son enfoques parcializados del problema y, debido a eso, en ningún momento se pueden considerar como refutaciones válidas de la función enunciada.

La primera objeción presupone dos premisas básicas y complementarias en el campo de la ciencia biogenética. a) que el plasma germinal, o sea las células

(9) Esta es la tesis en que caen algunos investigadores soviéticos, en su intento de diferenciar la relativa independencia de la actividad práctica del hombre en la actualidad. Cf. I. Rogunski, "La evolución del hombre", en *La concepción marxista del hombre*, Buenos Aires, Edit. Arandu, 1966.

hereditarias, sea cual fuese su estructura, se encuentra aislado, desligado, de los otros procesos bioquímicos, biológicos y fisiológicos que acontecen dentro de los organismos vivos. Y b), que el ambiente exterior es incapaz de influir y condicionar la evolución de esos organismos vivos. Pero si analizamos imparcialmente dichas premisas, ambas resultan ser insostenibles. Por un lado, el plasma germinal, o sea, las células hereditarias, mantienen necesaria interrelación con los otros procesos bioquímicos, biológicos y fisiológicos que ocurren en el individuo, siendo originado y modificado en su estructura precisamente por medio de esa interrelación. Y por el otro lado, el medio ambiente, la naturaleza exterior, influye y condiciona la evolución de los organismos vivos por lo menos por tres vías diferentes y simultáneas 1) En tanto alimenta física, química y bioquímicamente (nutrición, respiración, injertos, etc.) a los procesos bio- y fisiológicos que se efectúan dentro del organismo vivo, y que interactúan con el plasma germinal. 2) En tanto modifica directamente, por medio de radiaciones electromagnéticas y atómicas, la estructura del plasma germinal, y por consiguiente, la configuración misma del organismo vivo. Y 3), en tanto selecciona a aquellas especies cuyas variaciones orgánicas —genéticas y ambientales— se adaptan mejor al medio circundante y por lo tanto, satisfacen mejor las necesidades de los individuos. De ahí que, por esta triple intervención del medio ambiente en la evolución de los organismos, es justo decir que es principalmente la interacción con el medio exterior la que condiciona y dirige esa evolución. Y por lo tanto, como el trabajo es el aspecto peculiar de la interacción que el hombre —como organismo vivo— tiene con ese medio exterior, también es justo afirmar que dicho trabajo, la práctica social, interactúa con el proceso general de humanización y condiciona su evolución corporal.

La segunda objeción es asimismo errónea y parcial. Así como existe un proceso de humanización de los monos antropomorfos, de los antropoides parhumanos, así también existe un proceso de humanización del hombre propiamente dicho, condicionado por el trabajo. La primera fase del proceso de humanización de los monos antropomorfos, se puede llamar más propiamente la fase de *hominización*, ya que ella conduce hasta la aparición de los homínidos (familia *Hominidae*), antropoides bípedos capaces de construir los instrumentos más primitivos. De esa manera se le distingue del proceso de humanización general, y de la segunda fase de ese proceso, la cual teniendo como sujeto al hombre en su sentido más amplio, puede con mayor razón llamarse fase de humanización.

Entonces, incluso el hombre actual se encuentra inmerso en el proceso general de humanización, en su segunda fase. Esto se puede comprobar en los dos aspectos de la evolución humana que, aunque de inmediato aparenten encontrarse desligados, constituyen en su unidad la naturaleza material propia del hombre como tal. Dichos aspectos son:

- 1) el aspecto del comportamiento social, y
- 2) el aspecto de la estructuración corporal.

En el primero de ellos, en el aspecto del comportamiento social, la influencia humanizadora del trabajo ha sido comprobada concreta y experimentalmente por la escuela pedagógica de Makárenko. Dicha influencia se manifiesta pedagógica y socialmente de un modo bastante amplio, conformando una conciencia colectiva más solidaria, elevando la técnica productiva a un nivel sin preceden-

tes, ensanchando la necesidad y la libertad del espíritu humano, etc. (10) Pero además de eso, hasta en los mismos países capitalistas —donde la producción se ha organizado como un inmenso sistema de explotación de la fuerza de trabajo del hombre— el comportamiento social humanizador se encuentra condicionado por el trabajo. Es a través del trabajo productivo, y sólo a través de él, que las masas explotadas tienen la oportunidad de tomar conciencia de su enajenación, de su sometimiento. Y entonces, por medio de la lucha de clases —a pesar de encontrarse sometidas a condiciones de producción deshumanizadoras— pueden mantener y acrecentar su propio proceso humanizador, tanto individual como colectivamente

En el aspecto en que el trabajo interactúa con la misma configuración corporal del hombre, el proceso humanizador se comprueba de manera directa con mucha mayor dificultad. Esto se debe primordialmente a dos factores: 1) a la dificultad de captar los cambios estructurales que el cuerpo humano va sufriendo a corto plazo, ya que para breves períodos de tiempo, que pueden abarcar decenas de milenios, esos cambios se reducen a modificaciones casi imperceptibles (11) Y 2) al hecho de que la aparición y el desarrollo del trabajo más complejo ha localizado el proceso evolutivo del hombre preferentemente en el cerebro, donde se producen los cambios más importantes y distintivos (12) Sin embargo, a pesar de esos obstáculos que dificultan la comprobación directa e inmediata de la evolución corporal del hombre condicionada por el trabajo, dicha evolución se encuentra firmemente atestiguada indirecta, mediatamente, por el largo proceso evolutivo (histórico) de su capacidad manipuladora, visual, cerebral, etc. De tal manera que, sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que en forma semejante a sus primitivos antecesores antropoides, el hombre actual continúa modificando sus estructuras corporales, anatómicas y fisiológicas, bajo la influencia del trabajo. Y es precisamente por ese condicionamiento de la actividad práctica y social fundamental, que ha podido desarrollar las peculiaridades propias de su estructura corporal que le garantizan una supremacía única sobre la naturaleza y los demás animales.

Finalmente debemos señalar el hecho trascendental de que el trabajo no sólo condiciona la evolución corporal del hombre, sino que le abre nuevas perspectivas, nuevas rutas a esa evolución. Efectivamente, el desarrollo y perfeccionamiento progresivo del cuerpo humano parecía encontrarse hasta hace poco en un callejón sin salida debido a su excesiva localización del desarrollo cerebral. Sin embargo, contradictoriamente y mediante el trabajo, esa excesiva complejidad de la evolución del cerebro ha conducido últimamente a una gigantesca revolución científica y tecnológica, que ha vuelto a abrir innumerables vías al desenvolvimiento corporal del hombre. En efecto, la situación actual es tal, que solamente se pueden predecir algunos límites específicos de dicha evolución, pero en ningún caso nos encontramos en capacidad de predecir los límites totales. Por ejemplo, sabemos con certeza que el hombre no desarrollará, en el futuro previsible, sus extremidades superiores para el vuelo, como las aves. También sabemos que no adaptará sus pies al terreno escabroso de las montañas, como las cabras. Pero no sabemos qué límites tendrá el desarrollo

(10) A. S. Makarenko, "La educación por el trabajo etc.", en *Problemas de la educación escolar soviética*, Moscú, Edit. Progreso, s.l., pags. 108 y sigs.

(11) C. Arambourg, *La genesis de la humanidad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963, pag. 78.

(12) Y. Frólov, *Cerebro y trabajo (Aplicación de las teorías de Pávlov)*, Buenos Aires, Edit. Platina, 1965, pags. 19 y 116.

y perfeccionamiento de los órganos de sus sentidos básicos, tales como los ojos, los finos receptores de sonidos en el oído interno, las manos, etc., que tanta influencia reciben de la progresiva maquinización del trabajo y del adelanto de la técnica científica. Tampoco sabemos qué límites tendrá el desarrollo de su capacidad de adaptación a las nuevas condiciones atmosféricas y climáticas, que sin duda alguna se le presentarán por medio de la técnica de los vuelos espaciales. No sabemos qué modificaciones puede sufrir en esa adaptación su sistema respiratorio, sanguíneo o nervioso. En pocas palabras, no podemos predecir límites en aquellos aspectos de la evolución y perfeccionamiento de su cuerpo que se encuentran abiertos y se van abriendo, mediante su actividad práctica fundamental. Por lo tanto, las posibilidades de evolución con que el hombre cuenta en su proceso de interacción con el trabajo se pueden considerar, para sus efectos prácticos, como ilimitadas. Como asimismo ilimitadas son las posibilidades de perfeccionamiento y complejidad técnica que parecen abrirse para el trabajo, la actividad propia y fundamental del hombre.

2. *El trabajo como práctica social que produce y reproduce indirectamente la vida humana, la existencia misma del hombre*

La segunda función esencial del trabajo humano es la de producir —a través de la producción de los bienes materiales de subsistencia—, la vida, la existencia misma del hombre. En relación a tal afirmación pueden surgir dos dudas principales, que en cierto grado son correspondientes a las objeciones hechas anteriormente. 1) La duda de si dicha afirmación implica la negación absurda del papel fundamental desempeñado por la reproducción biológica, la producción genética del hombre mismo. 2) La duda de si tal afirmación tiene su validez limitada a un determinado período de tiempo, a una determinada etapa del desarrollo histórico de la humanidad. Ambas dudas se pueden aclarar convenientemente al hacer un breve análisis de su contenido.

1) —*Sobre la producción y la reproducción de la vida o existencia del hombre.* La vida humana real, base de todas las actividades del hombre, se mantiene existente gracias a su continua producción y reproducción natural. Ahora bien, este continuo ciclo de producción o mantenimiento, como bien lo señala Engels, es de dos clases: a) la producción de los medios de subsistencia y de los instrumentos necesarios para producir esos medios; y b), la reproducción biológica de la especie, la producción genética del hombre mismo (13). La afirmación de que el trabajo como práctica social —a través de la directa producción de los medios materiales de subsistencia— produce indirectamente la vida o existencia del hombre, no niega el papel fundamental desempeñado por el otro factor en el continuo mantenimiento de dicha vida o existencia. Es más, al decir que el trabajo produce *indirectamente* la vida, esa mediaticidad se debe entender en doble sentido

- 1) en el sentido en que lo que produce o reproduce, o sea, lo que mantiene *directamente* a la vida del hombre son: a) los medios materiales de subsistencia, a su vez producidos y reproducidos por el trabajo humano, y 2), la reproducción biológica, genética, de los individuos de la especie.

(13) *El origen de la familia* etc., en C. Marx, F. Engels, *Obras Escogidas*, Moscú, Edic. en Lenguas Extranjeras, 1955, tomo III, pag. 178.

- 2) en el sentido de que en tanto la naturaleza propiamente dicha es la fuente inmediata de todo lo existente, lo es también de todos los organismos vivos y, por lo tanto, de la vida del hombre. Es decir, que ella se puede considerar con sobrada propiedad, como la directa productora de la vida, de la existencia humana.

Sin embargo, que el trabajo como práctica social sea, en el doble sentido antes mencionado, sólo el *indirecto*, el *mediato* productor de la vida humana, de la existencia del hombre, no implica que dicha vida o existencia se pueda mantener *sin* el trabajo. Desde el comienzo del proceso de hominización de los monos antropomorfos, el trabajo constituye un factor esencial e inmediato (como veremos más adelante) para la existencia del mismo proceso, o sea, para el mantenimiento de la vida humana. Así a) los medios materiales de subsistencia indispensables para el mantenimiento de la vida, sólo se pueden adquirir o producir *por medio* del trabajo. b) La naturaleza propiamente dicha sólo se puede considerar como fuente de la vida humana, *mediante* el trabajo del hombre que adquiere o transforma en ella, lo necesario para su subsistencia. Y c), incluso la reproducción genética directa solamente se efectúa *mediante* cierto trabajo, al grado que en algún lugar el mismo Marx la señala como la fuente de la única división del trabajo, muy *sui generis*, existente entre los hombres más primitivos. Entonces se ve con claridad que la existencia originaria del hombre se mantiene como tal, gracias a que se nutre simultánea y alternadamente de dos clases de factores. los factores sociales (el trabajo en sus diversas manifestaciones), y los factores naturales (los medios de subsistencia y la reproducción genética), sin que ninguno de ellos se pueda excluir o se pueda colocar en situación secundaria. Y si a esto agregamos que el factor trabajo, en sus comienzos, incide en la producción o reproducción de la vida de *uno mismo* y de otros (críos, ancianos), mientras que el factor genético solamente incide en la producción de la vida de *otros*, podemos llegar a la siguiente conclusión: así como se afirma que la naturaleza es la fuente mediata y la productora directa de la vida humana, así también se puede sostener que es el trabajo el productor directo y la fuente de esa vida o existencia. Pero además, desde el punto de vista específicamente humano, desde el punto de vista social, la segunda tesis se puede defender justamente como la más importante.

2) *Sobre el trabajo como actividad productora de la existencia humana en un período histórico limitado.* Aun cuando se acepte la tesis general de que el trabajo es la práctica humana que garantiza el mantenimiento de la vida o existencia del hombre, se puede tratar de limitar la validez de dicha tesis reduciendo su vigencia a un determinado período de la historia del hombre y la sociedad. El trabajo humano, se puede argumentar, es el verdadero productor de la vida o existencia del hombre, pero sólo en una etapa limitada de su evolución histórica. Para desentrañar el error de esta apreciación es necesario considerar las diversas condiciones sociales predominantes en cada una de las épocas históricas, así como el punto de vista que impone cada una de ellas. Es decir, es necesario conocer el desarrollo histórico de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, y simultáneamente, el enfoque de ellas que nos proporciona la concreta situación social en que nosotros mismos nos encontramos inmersos. La limitación de la validez de la función del trabajo como mantenedora de la vida humana a un período determinado de la historia, se manifiesta entonces

como una falsa apreciación de la actividad práctica del hombre, basada en la incompleta o mutilada experiencia de una determinada clase social.

En efecto, comencemos por explicar por qué algunas veces se niega que el trabajo sea el factor social fundamental e indispensable en el mantenimiento de la vida humana, en la época más primitiva de su existencia, en la llamada época del salvajismo. El *salvajismo* es el período de la evolución humana y social en el cual, como dice Engels: "...predomina la apropiación de los productos que la naturaleza ya da hechos, mientras las producciones artificiales del hombre están destinadas sobre todo, a facilitar esa apropiación" (14). El hombre es esencialmente nómada, y su actividad social fundamental apenas si va desde la simple recolección de frutos, hasta la caza y la pesca con instrumentos primitivos de madera, hueso o piedra. De ahí que: 1) En cierto aspecto, el trabajo humano se aleja aparentemente todavía una fase más de la *directa* producción de la vida, de la existencia del hombre: produce los instrumentos que producen los medios que producen la vida. Y 2), la naturaleza propiamente dicha aparece más notoriamente como la fuente inmediata de la existencia y del mantenimiento del hombre. Entonces, se oculta el hecho de que, ya en esa época, el trabajo humano —aún en sus formas prácticas más elementales— es la actividad social fundamental e indispensable para el mantenimiento de la vida del hombre. El salvaje aparece más bien como un "buen salvaje", como un "hombre natural", que es benignamente mantenido en su existencia por la benevolencia de la "madre naturaleza", etc

De modo semejante, es decir, atendiendo a las concretas condiciones sociales de la época considerada, también se puede explicar por qué es más fácil descubrir al trabajo como productor y fuente de la vida humana durante el período de la barbarie, y por qué ese hecho se vuelve a ocultar con el surgimiento de la civilización. Efectivamente, en la época de la *barbarie* el hombre "aprende a incrementar la producción de la naturaleza por medio del trabajo humano". La práctica humana en general se desarrolla y se diversifica de tal manera que, por primera vez, se hace evidente la autonomía del hombre frente a la naturaleza, así como las posibilidades de dominio que tiene sobre ella. Se descubre y se controla el fuego. Se establece la domesticación y la crianza de animales y el cultivo de plantas. Con eso, por un lado, la vida social del hombre se independiza parcialmente del clima de las diversas regiones geográficas, y del ciclo climático de una misma región. Por el otro, controla por primera vez poco más o menos directamente su propio abastecimiento de alimentos. El trabajo adquiere forma más organizada, se inicia la división de las actividades prácticas y paulatinamente, el hombre se transforma en un ser sedentario. Al perfeccionarse la técnica de la pulimentación de la piedra y el trabajo de alfarería, la elaboración de instrumentos de producción adquiere un gran auge y la población aumenta notoriamente. Este incremento de las fuerzas productivas (instrumentos de producción y población) conduce, desde luego, a una mayor complejidad en las formas de trabajo y organización, o sea, en las relaciones de producción. Todo lo cual revierte en un aumento de la explotación de la naturaleza y, nuevamente, en el incremento de los instrumentos y de la población. Se inicia la explotación minera propiamente dicha, aparece la esclavitud esporádicamente como derecho de guerra y se constituyen las primeras sociedades completamente

(14) *Ibid.*, pag. 199.

sedentarias, urbanas. El proceso en su conjunto destaca al hombre como señor de sí mismo y de la naturaleza, lo que permite reconocer fácilmente el papel fundamental que desempeña el trabajo, como práctica social indispensable que produce y sostiene a la existencia misma del hombre.

Al irse configurando la época de la *civilización* sucede un proceso en cierta manera inverso. El hombre perfecciona los procedimientos para extraer los metales de la tierra, y los utiliza de modo semejante a la piedra. El nuevo aumento de las fuerzas productivas ocasiona un cambio cualitativo en las relaciones de producción aparece la propiedad privada de la tierra y la división de las actividades prácticas atendiendo a esa relación. Entonces, por un lado, la división de los hombres en clases sociales antagónicas y, por el otro, la producción de bienes que no son necesarios para el inmediato mantenimiento de la vida humana, conduce a la ocultación del verdadero carácter fundamental del trabajo en la reproducción de la existencia del hombre. Dicha ocultación acontece de dos maneras. 1) En tanto aparece una clase social desligada en cierta manera de la actividad práctica fundamental, y que se dedica exclusivamente a "otras" actividades sociales. 2) En tanto individuos pertenecientes a dichas clases sociales elaboran por primera vez un reflejo teórico y sistemático de su época histórica, el cual expresa ya un enfoque peculiar de los acontecimientos, condicionado por el modo concreto de producción establecido. Como ejemplo típico de lo anterior tenemos el proceso descrito por las antiguas sociedades griegas. La aplicación del arado de hierro en la roturación de las tierras laborables imprimió gran impulso a la producción agrícola. Los hombres pudieron organizarse en comunidades urbanas más extensas, lo cual aumentó sus necesidades de bienes y creó nuevas necesidades desligadas de la subsistencia. La esclavitud, hasta entonces primordialmente familiar, se introdujo de lleno en el trabajo en el campo y la minería, y hubo la necesidad de consolidarla mediante una estructura política diferente a la antigua organización gentilicia y tribal: apareció el Estado-ciudad. Entre aquellos individuos de las clases alejadas del trabajo productivo, entre los explotadores, se incrementó la dedicación a una serie de actividades sociales diferentes de la producción de bienes materiales. el arte propiamente dicho, los deportes, la meditación filosófica. De esta manera al reflexionar sobre las diversas actividades de los hombres, se fijó teóricamente una división natural de aptitudes entre ellos, que sólo era el reflejo abstracto de la forzosa división del trabajo impuesta por el modo de producción y las clases sociales existentes. Como ignoraban su larga evolución histórica, los primeros "teóricos" de la humanidad consideraron en general que el modo de producción en que se encontraban inmersos era "natural", o sea, eterno. Todo eso impidió que el trabajo humano fuese considerado en su verdadera significación de productor y fuente de la existencia o vida del hombre. Y esta apreciación parcial, falsa, de lo que era el trabajo, quedó asentada como base conceptual a partir de la cual, durante más de dos mil años, se constituyeron todos los otros intentos de investigar la naturaleza propia de la actividad fundamental del hombre.

Entonces quedan claros tres motivos interactuantes por los cuales a veces se trata de limitar la validez de la función del trabajo como productor y mantenedor de la existencia humana, a un período concreto de la historia social. *Primero*, porque las condiciones sociales objetivas de ciertas épocas históricas ocultan el verdadero carácter fundamental del trabajo, o al menos no lo desta-

can tanto como otras épocas. *Segundo*, porque la investigación teórica y sistemática sobre la función del trabajo como actividad humana, nació precisamente en el instante en que la división antagónica de las clases sociales ya impedía una apreciación totalizante, objetiva, del trabajo como práctica fundamental. Y finalmente, *tercero*, porque desde la aparición de la esclavitud en los albores de la civilización, la división antagónica de las clases sociales y la lucha de esas clases ha constituido el motor histórico de todas las sociedades, lo cual siempre ha producido una perspectiva parcial, un enfoque condicionado, del trabajo y sus funciones esenciales. De esta manera, la falsa apreciación de la función del trabajo como productor de la existencia del hombre es, en último término, el reflejo de la limitación del conocimiento propio de una clase social desligada de la práctica productiva, fundamental. En la actualidad, esa clase social se encuentra constituida en la mayor parte de las naciones civilizadas por la burguesía capitalista e imperialista, aunque existen países y regiones donde el modo de producción atrasado ofrece otro esquema de la división de clases. Al mismo tiempo, hasta que apareció la clase proletaria, que en el siglo XIX adquiere conciencia de sí misma, se dan las condiciones necesarias para obtener una perspectiva completa, objetiva, del trabajo como actividad fundamental. Y precisamente esa perspectiva fue la expresada por Engels y Marx.

De esta manera quedan brevemente aclaradas las dudas que podía suscitar la segunda función esencial del trabajo humano. Las someras explicaciones que hemos dado se refuerzan y se hacen más evidentes al tener en cuenta la tercera función del trabajo, que a continuación pasamos a discutir.

3. *El trabajo como práctica social organizada, determinante de todas las otras actividades humanas y, en consecuencia, de una forma de vida específicamente humana.*

Una tercera y última función del trabajo en tanto práctica humana fundamental, es la que lo considera como determinante de todas las otras actividades del hombre y, por lo tanto, configurador de una forma de vida específica, la vida humana. Si anteriormente habíamos visto que el trabajo condiciona la estructura corporal del hombre y le impulsa en el proceso de humanización, simultáneamente a que de manera indirecta reproduce su misma existencia, la nueva característica aquí enunciada comprende a las dos funciones anteriores, conjugándolas en una unidad más amplia y total. Pero al mismo tiempo, la nueva característica dispone de aspectos y determinaciones propias, por lo cual se le puede explicar por separado como una tercera función esencial del trabajo, independiente de las dos anteriores.

Ante todo anotemos lo siguiente: desde sus mismos comienzos el trabajo es una actividad *organizada*, a nivel de horda o grupo matriarcal. A través de su desarrollo histórico, dicha organización se hace más evidente pues va ganando en complejidad y coordinación. Para explicar más fácilmente la función esencial del trabajo como práctica social determinante, es conveniente considerar a dicho trabajo en su dimensión de organización social. De esta manera, al tomarse como actividad organizada, cubre más plenamente la totalidad de las diversas actividades humanas que, directa o indirectamente, reflejan su actividad transformadora en la naturaleza como medio para satisfacer las necesidades del hombre. Es decir, expresa en una forma más completa la estructura de las relaciones

de producción existentes a un nivel determinado del desarrollo social. Y es más fácil comprender cómo es esta estructura de las relaciones de producción, la que determina básicamente a todas las otras actividades humanas, de acuerdo a un complejo proceso de mutua interacción.

La determinación que el trabajo como práctica social organizada ejerce sobre las otras actividades prácticas de los hombres, es bastante evidente y casi universalmente aceptada en nuestra época. Esto es así, por dos motivos principales: 1) Porque casi toda actividad práctica (la acción política, la investigación científica, la estrategia militar, etc.) se manifiesta definitivamente como una forma derivada, parcializada o especializada, del trabajo organizado como práctica humana fundamental. Y 2), porque incluso aquellas actividades humanas cuya práctica no parece manifestarse como una forma definida del trabajo organizado (el juego, los deportes, el arte en ciertas etapas de la historia), se manifiestan al menos como formas contrapuestas derivadas, como formas de anti-trabajos, que en el concreto desarrollo histórico también se encuentran determinadas por él.

De ahí que la objeción principal y casi única que se hace al trabajo organizado como práctica social determinante, proviene de quienes consideran al pensamiento como una actividad humana en cierto sentido no-práctico y, por extrapolación, también la consideran como una actividad no-social. De esta manera, el pensamiento queda completamente aislado, como una actividad "puramente espiritual" Una actividad desligada de sus condiciones materiales, biológicas y sociales, que la hacen posible. Una actividad, pues, que no permite ninguna relación con el trabajo, la práctica socialmente organizada que determina a todas las demás actividades de los hombres.

Pero esta es una apreciación errónea, falsa, que encuentra las verdaderas raíces y determinaciones materiales del pensamiento como actividad del hombre. Objetivamente, el supuesto ineludible de toda actividad humana es la vida o existencia del hombre mismo, y la posibilidad de su mantenimiento material. *Primero* deben los hombres existir corporalmente, materialmente, y deben satisfacer sus necesidades básicas e inmediatas. *Luego* se pueden dedicar a otras actividades. Esto es actualmente cierto y es históricamente cierto, es decir, siempre ha sido así, desde el originario proceso de hominización de los monos antropomorfos hasta nuestros días. Pero la satisfacción de las necesidades básicas del hombre presupone cierta forma de la actividad práctica llamada trabajo. El trabajo, pues, en este sentido, es la actividad primaria, (15) fundamental e ineludible, a la que se tiene que dedicar todo hombre —incluso *antes* de que se pueda llamar propiamente hombre— para subsistir. En sus comienzos, esa actividad no se rige por ninguna otra actividad social que el hombre pueda desplegar. Depende básicamente de su constitución corporal, anatómica y biológica, y de las interrelaciones con la naturaleza a que dicha constitución corporal le impulsa. Depende, puede decirse, de una complicada trama de estímulos, percepciones y cadenas innatas de reflejos que reaccionan a estímulos tanto externos como internos, o sea, lo que vulgarmente se llama "instintos" Pero dichos "instintos", o mejor, reacciones motoras y reflejos incondicionados, no son una actividad propia del hombre como tal, sino que más bien son una condición bio-fisiológica común a todos los animales de sistema nervioso desarro-

(15) Cf. J. D. García Baecca, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, FCE, 1965, págs. 34-6.

llado, en cuya escala superior se encuentra el ser humano (16) De ahí que, como hemos dicho, el trabajo como actividad primaria, fundamental e ineludible, no puede depender de ninguna otra actividad social del hombre, sino solamente de su peculiar constitución biológica, constitución que se va modificando de acuerdo con las leyes concretas de la variación orgánica de los seres vivos.

Antes de que el hombre se pueda llamar propiamente hombre, es decir, como simple antropoide bípedo y terrestre, se encuentra ya en relación con la naturaleza y con otros seres semejantes, y se ve obligado a desarrollar ciertas actividades prácticas para poder vivir. Lo que le impulsa y dirige en estas precursoras manifestaciones del trabajo no son sus opiniones o ideas, pues carece de ellas ya que es incapaz de pensar, sino los estímulos concretos de sus necesidades materiales básicas. Estos estímulos van variando a medida que su actividad motora y refleja va satisfaciendo las necesidades más inmediatas, y a medida que van variando las mismas condiciones ambientales en que se encuentra inmerso. De esta manera aparecen en él una nueva serie de reflejos condicionados a esa variación, los cuales le permiten modificar, lenta pero convenientemente, algunos de sus instintos. Mediante esa serie de reflejos nuevos y la modificación de sus reflejos básicos, crea nuevos hábitos, se adapta y capacita más para la subsistencia, comienza a desarrollar primitivas prácticas de trabajo. Entonces, a través de un proceso de evolución larguísimo y complejo, la diversificación cada vez mayor de sus relaciones con la naturaleza y con los otros seres semejantes, le impone la necesidad de ampliar la comunicación con sus compañeros de vida para organizar el trabajo. Esa comunicación ya ha existido desde mucho antes, efectuada básicamente a través de gruñidos, chillidos y gritos, que le han servido para expresar emociones primarias y generales. Luego, circunstancialmente, esos gritos han ido siendo acompañados de gestos y ademanes que incluso llegan a expresar sentimientos. Pero al complicarse más las faenas del "trabajo" cotidiano, surge la necesidad de designar mediante sonidos bucales, no sólo las conmociones emotivas, sino también los mismos objetos que condicionan la labor. Los nervios motores imponen un control más especializado sobre los músculos de la lengua y la laringe, y se inicia un proceso evolutivo en los órganos bucales que conduce finalmente a la aparición del lenguaje. Comparada con los estímulos y las percepciones relacionadas —que constituyen la base de los reflejos innatos y adquiridos— la comunicación mediante gestos y fonemas constituye una forma mucho más sutil de estimular al sistema nervioso superior. Como es natural, produce reacciones, reflejos más sutiles, con lo que se desarrolla la actividad fisio-psíquica del cerebro protohumano. Por eso, el hombre comienza a representarse imágenes de las cosas y de sus asociaciones, comienza a representarse conscientemente la realidad: comienza a *pensar*. En este inicio de la actividad pensante de los hombres, se ve con claridad que dicha actividad se encuentra doblemente condicionada: 1) por la misma constitución bio-fisiológica del cerebro del hombre, y de su sistema nervioso superior; 2) por el trabajo como actividad humana fundamental, ya que el reflejo mental de los hombres no hace sino reproducir en imágenes e ideas, las diversas vinculaciones sociales y los diversos objetos que entran dentro del proceso de producción. Y como al mismo tiempo, la constitución bio-fisiológica y nerviosa del hombre, para producir el reflejo mental debe ser estimulada por los resultados o las necesidades del tra-

(16) I. Pávlov, "Un breve bosquejo de la actividad nerviosa superior", en *Psicología reflexológica*, Buenos Aires, Edit. Paidós, págs. 7 y sigs.

bajo humano, con toda propiedad se puede decir que es dicho trabajo el que determina la actividad pensante del ser humano en general. En otras palabras, si bien la actividad pensante de los hombres se puede considerar en cierto sentido como no-práctica, en ningún momento se puede considerar como no-biológica o como no-social. El trabajo, como reflejo fisiológico y como práctica social, ejerce su función determinante también sobre la actividad mental, pensante, de los hombres, que sólo en la imaginación de ellos mismos puede llegar a considerarse como una actividad indeterminada, "libre", etc., ficticiamente desligada de su natural condicionamiento material.

Ahora bien, el reflejo mental, pensante, del hombre, se revierte sobre la práctica misma señalando nuevos métodos de enfrentarse y dominar a la naturaleza, descubriendo aspectos desconocidos de los fenómenos, proporcionando, en fin, nuevas formas de relación y cooperación entre los diversos individuos de una agrupación. El pensamiento se vuelve, en cierto sentido, guía de las relaciones del hombre con la naturaleza y con los otros hombres, aunque las interacciones prácticas sigan teniendo prioridad concreta en esa dirección. De todos modos, se puede decir, el pensamiento conduce a una mayor organización del trabajo, y nuevamente a una mayor necesidad de comunicación. Entonces se establece un contradictorio y complejo proceso que vincula de manera recíproca al lenguaje, el trabajo y el pensamiento, como factores integrantes del desenvolvimiento histórico general del hombre y la sociedad. La complejidad y diversificación cada vez mayor de las relaciones de producción imponen la necesidad de desarrollar nuevas articulaciones fonéticas y estimulan la función de abstracción propia del cerebro humano. Y viceversa. La actividad pensante de los hombres cada vez más variada y compleja, obliga a la creación de nuevos vocablos para designar aspectos más profundos de la práctica humana, y de esa manera contribuye a su desarrollo y diversificación. En su conjunto, el trabajo como práctica social organizada va configurando una forma de vida específicamente humana, una forma de vida que abarca todas las actividades humanas prácticas y hasta la misma actividad pensante. Porque en efecto, la forma de vida específica de los seres humanos no la constituye sino el conjunto de las actividades sociales, prácticas o reflejas, que el hombre efectúa o ejercita a través del desarrollo histórico general.

Y entonces, a ese nivel, si tomamos a la vida como el conjunto de actividades sociales de los hombres, se puede plantear una variante de la misma objeción ya rechazada. Porque si bien el conjunto de las actividades sociales se encuentra determinada por el trabajo organizado, algunas de esas actividades ofrecen aspectos aparentemente independientes de él. Esto puede llevar nuevamente a la conclusión falsa de que la vida humana como tal, ofrece al hombre posibilidades de alcanzar posteriormente una "libertad absoluta", la "independencia espiritual", etc. Algunas actividades humanas como la lucha primitiva contra las fieras, las guerras entre los hombres, las diversiones, etc., manifiestan de manera unívoca su entronque determinativo con la actividad social fundamental —ya sea como un aspecto de ella o como su negación necesaria pero dependiente. En cambio, otras actividades, entre las cuales se destaca el culto y la liturgia a lo sobrenatural, parecen encontrarse —aun dentro del ámbito de una explicación naturalista— inspirados por otros fenómenos distintos al de la producción material. Sin embargo, dichas actividades también se encuentran fundamentalmente determinadas por el trabajo organizado, y no son más que

un producto de la abigarrada acción recíproca que existe entre el trabajo, el pensamiento y el lenguaje de los hombres. Así, el desarrollo cada vez mayor de la organización social y del ordenamiento del trabajo hace surgir nuevas conexiones de los hombres con la naturaleza, y nuevas relaciones de los hombres entre sí. Para expresarlas hay necesidad de acuñar constantemente nuevos vocablos, que reflejan las nuevas conexiones y relaciones aparecidas. Sin embargo, la mentalidad poco analítica del hombre primitivo no puede diferenciar todavía nítidamente las dos esferas de fenómenos, naturales y sociales, y emplea los vocablos indistintamente para unos y otros. Por otro lado, la experiencia acumulada en sus relaciones con la naturaleza le señala la posibilidad que tiene de intervenir de manera activa en los procesos naturales y aprovecharse de ellos. Pero al mismo tiempo, la gran cantidad de necesidades insatisfechas en la práctica le ocasionan el deseo y la desazón. La falta de claridad en los vocablos que expresan de manera indistinta procesos naturales y relaciones sociales se terminan de confundir por completo cuando la práctica supera las relaciones de trabajo concretas que inspiraron su creación (de los vocablos). Entonces, guiados por la experiencia de su poder, pero cegados por la angustia de sus necesidades insatisfechas, los hombres relacionan imaginativamente entre sí los vocablos, sobre una base inexistente, y quieren impulsar a los procesos naturales, materiales, mediante esas falsas relaciones. De esa manera nace el culto a lo sobrenatural en su forma más primitiva de existencia, como animismo o práctica mágica (17). La actividad ligada a esa irreal y confusa representación de la vida pretende no tener ninguna relación con el sistema de producción material. Pero en verdad, como hemos explicado, no es más que un producto de la interacción del trabajo organizado, el lenguaje y el pensamiento humano, que se desarrolla después de un desenvolvimiento largo y complejo del proceso histórico del hombre como ser social.

Con esto queda refutada la principal objeción que se puede presentar a la tercera función del trabajo como actividad fundamental la que proclama la indeterminación de la actividad pensante, o la de una de sus variantes y la actividad que la acompaña, respecto al trabajo organizado histórico y social. Al mismo tiempo se nos manifiestan de manera más completa las otras dos funciones esenciales del trabajo, mencionadas anteriormente. En resumen se puede decir que el trabajo como actividad humana fundamental configura y determina el proceso general de humanización del ser humano, sus diversas actividades sociales y su forma de vida propia, y es además el factor principal en la producción de su misma existencia material. Y simultáneamente, ese trabajo es solamente la práctica manifestada específicamente, en sus orígenes, determinada y condicionada por las numerosas y complejas interacciones que existen entre el hombre, la naturaleza y la sociedad.

III—ANÁLISIS DEL TRABAJO COMO PRACTICA ORIGINARIA

En su origen, simultáneo e interactuante con el proceso inicial de hominización de los monos antropomorfos, el trabajo se presenta como una actividad fundamental y totalizante, acaparadora de todo el quehacer gregario prehumano. Como tal, guarda en su interior, de una manera todavía indistinta, las diversas características o funciones esenciales de la práctica humana, así como sus prin-

(17) Charles Hanchelin, *Origen de la religión*, Buenos Aires, Edit. Platina, 1961, pags. 72 y sigs.

cipales aspectos y momentos constituyentes. Es decir, contiene el germen de las determinaciones y diferenciaciones que sólo se manifestarán después, a través del milenarismo desarrollo histórico del hombre y la sociedad. A través de ese desarrollo milenarismo, la práctica se va manifestando de formas diversas, muestra sus aspectos distintos, diferencia sus momentos prácticos. Pero en su totalidad, no deja de ser trabajo humano, y en tanto se le considera como práctica originaria, es siempre uno u otro aspecto de dicha práctica que se desarrolla más detalladamente, que se especializa de acuerdo con las condiciones sociales existentes, que se abstrae de la interrelación general de las diversas actividades humanas o se asienta como un momento negativo de sí mismo. Por lo tanto, el análisis del trabajo como práctica originaria es un tema que reviste gran interés. Si bien es cierto que ofrece el peligro de extraviarnos en estériles especulaciones abstractas sobre supuestos todavía hipotéticos, también es cierto que bajo la invocación de ese riesgo a veces se esconde el intento de marginarlo al olvido, lo cual quizás constituya un error más grave aún. En el fondo sus resultados deberían ir significando para la teoría del materialismo histórico, lo que los resultados del análisis de las funciones y la estructura de la célula significaron para la biología, o lo que el resultado del análisis de los elementos del valor de la mercancía significó para la Economía Política (18)

Como práctica gregaria originaria el trabajo es actividad totalizante, indiferenciada. Sin embargo en sus mismos orígenes, contiene ya las características esenciales propias del trabajo como actividad humana fundamental. Interactúa e influye en el proceso general de hominización de los monos antropomorfos, produce y reproduce su vida o existencia y, finalmente, determina —aun cuando cual ingredientes interiores de sí mismo— a todas las otras actividades de dichos antropoides, identificándose de una forma casi completa con su peculiar forma de vida. En otras palabras, el trabajo como práctica originaria es la forma de vida específicamente parahumana.

Pero además de eso, el trabajo es *actividad gregaria* y, por lo tanto, aunque es totalizante como práctica, es concreto y limitado en su manifestación histórica. Efectivamente, en sus orígenes, pudo encontrarse limitado a ser primordialmente cualquiera de las dos actividades siguientes: a) mera búsqueda y obtención de frutos, raíces, pequeños animales comestibles, etc., y b), primitiva construcción de nidos en los árboles o “ramadas” en las cuevas o terrenos de vegetación escasa. Pero estas dos formas originarias de trabajo aquí supuestas también se dan en otros animales inferiores, y por sí solas no proporcionan un criterio claro de distinción entre lo humano y lo animal. Mas debemos recordar que la distinción entre el hombre y sus predecesores antropoides no se encuentra constituida por una línea divisora brusca, sino más bien por un largo y multifacético proceso evolutivo. Las mismas actividades que en los animales se dan como instintos y reflejos condicionados, en los hombres adquieren por su variación y complejidad la forma del trabajo originario. O sea, que existe un proceso continuo que va desde las actividades instintivas o reflejas de los animales, hasta el trabajo como actividad fundamental, consciente, del hombre (19). Y es ese proceso el que conviene reconstruir, aunque sólo sea en sus rasgos más generales, al efectuar un análisis del trabajo como forma originaria y totalizante de la práctica.

(18) Cf. C. Marx, *El capital*, México, FCE, 1964, tomo I, Prólogo a la primera edición (1867)

(19) Y. Frólov, *Opus cit.*, págs. 111 y sigs.

1. *Los supuestos corporales y ambientales del trabajo originario*

El proceso general de hominización de los antropoides parahumanos se inició en la era Cenozoica, a finales del período Mioceno o a principios del Plioceno, hará aproximadamente unos 12 ó 15 millones de años. Comenzó con los primeros monos antropomorfos que por esa época, alcanzaron firmemente la fase bípeda al caminar. Pasó luego, en los millones de años siguientes, a través de un proceso multifacético con infinidad de formas laterales e intermedias, hasta culminar con la aparición de los tipos *hominidae* más primitivos, a finales del período Plioceno, hará más de un millón de años. La construcción real de dicho proceso, o sea, su aclaración detallada, es todavía una inmensa tarea que las ciencias prehistóricas tienen por delante. Pero gracias a que actualmente viven monos antropoides indirectamente emparentados con el hombre, y gracias al descubrimiento de varios fósiles de formas laterales e intermedias ya extintas, es posible elaborar una reconstrucción hipotética de él. El punto de partida y los factores fundamentales son en general los mismos que ya señaló Engels en 1876: el andar erecto, la adaptación de la mano a movimientos sumamente complejos no-especializados, el perfeccionamiento y evolución del cerebro, así como el incremento de la cooperación y la comunicación social (20). Sin embargo, el mismo desenvolvimiento del proceso se basa en ciertos supuestos anteriores, en su transcurso aparecen nuevos factores e interrelaciones y, además, existe una sucesión de etapas más diferenciada. Estas nuevas determinaciones se inducen, principalmente, de relaciones basadas en fósiles de formas ya extintas descubiertos con posterioridad a la fecha en que Engels redactó su escrito sobre el tema. Y precisamente llena de admiración la forma como —contando casi exclusivamente con los datos suministrados por Darwin sobre la conducta de monos antropomorfos existentes— (21), el genial filósofo alemán logró reconstruir una hipótesis analógica que, en nuestros días, apenas si puede ser modificada en ciertos detalles.

La actitud bípeda, la visión binocular, la mano, y la colaboración y comunicación anterior al proceso de humanización. El punto de partida del proceso de hominización de los antropoides parahumanos, fue su progresiva adaptación a una posición erguida al caminar por tierra. Esa posición permitió una mayor adaptación, perfeccionamiento y sincronización cerebral de las actividades manovisuales, así como el paulatino desarrollo de los órganos necesarios para una colaboración y comunicación más estrecha entre los miembros de una misma manada. Sin embargo, todos los factores desarrollados y perfeccionados en dichos proceso, tienen sus raíces últimas en la evolución de la estructura corporal y fisiológica de los primates en su sentido más amplio, que va desde sus formas inferiores, prosimias, hasta los grandes monos antropomorfos. Para comprender en toda su significación el proceso de hominización antropoidal, es necesario tener presente la evolución propia de esos primates que se realizó con anterioridad al mencionado proceso, así como las características ambientales que la determinaban.

La constitución de la mano antropoide, animal, es un proceso evolutivo que arranca básicamente de las extremidades de algunos mamíferos no especializados (tal vez insectívoros), que las usaron para remover la tierra lodosa y empanta-

(20) *El papel del trabajo* etc., en C. Marx, F. Engels, *Opus cit.*, II, págs. 77 y sigs.

(21) *El origen del hombre* etc., México, 1957, págs. 61 y sigs.

nada en el último período de la era secundaria el Cretáceo, hará unos cien o más millones de años. La evolución de esas extremidades inició su proceso en unos mamíferos pequeños, posiblemente semejantes a los actuales *tupaydos*, que se habituaron a defenderse de las fieras mayores buscando refugio en los árboles. Considerados como los primeros primates, estos seres apenas más grandes que un ratón, aprendieron a trepar a los árboles clavando sus garras en los troncos, pero simultáneamente, desarrollaron cierta agilidad en los dedos, especialmente en aquellos equivalentes al pulgar y al "dedo gordo" del pie (22). Esa habilidad prehensil se continuó desarrollando en los *lemúridos*, quienes ya "agarraban" las ramas más propiamente, cortaban frutos, etc., además de que perdieron el principal distintivo de las garras animales: las uñas afiladas fueron siendo sustituidas por uñas planas. Los *tarsioides*, que aparecieron en el Eoceno, adquirieron hábitos nocturnos y quizás debido a eso, desarrollaron nervios oculares que les permitieron obtener una visión estereoscópica de la realidad (23). Ciertas células nerviosas regularon el ángulo visual de los ojos para enfocar con ellos una sola imagen (visión binocular), y de esa manera sentaron las bases fisiológicas que posibilitan la captación tridimensional de los objetos, o sea, lo que permitió posteriormente que sus sucesores antropomorfos calcularan distancias, direcciones y velocidades. La evolución de la mano-garra primate adquirió gran impulso gracias a esta nueva estructura de la visión, que permitió al cerebro coordinar de manera excepcional los movimientos de los ojos y los dedos. Al mismo tiempo, la cola que en los lemúridos se había desarrollado como órgano del equilibrio para el traslado entre las ramas, comenzó a ser también un auxiliar en las actividades de prehensión, y marcó la etapa de tránsito de los grupos primitivos de primates a los grupos que incluyen a los monos y antropoides superiores.

Tal como lo atestiguan los restos fósiles (*Parapithecus fraasi*, *Propliopithecus haeckeli*, etc.) descubiertos en Fayum, Egipto, ese tránsito se efectuó en el Oligoceno inferior, hará aproximadamente unos 40 millones de años. Cosa interesante es la posibilidad de que ya en esa época la línea evolutiva de los grandes monos antropomorfos comenzara a diferenciarse de la de los otros simios (*Cébidos*, *Cercopitecos*) (24). Esta hipótesis, que ha surgido en los últimos años, se basa ante todo en el testimonio de la anatomía comparada que señala una mayor especialización de los grandes monos para columpiarse entre las ramas. Así por ejemplo, sus brazos son más largos que sus piernas, su dedo pulgar se encuentra bastante atrofiado, etc., cosa que no es tan notoria en muchos otros monos inferiores. Entonces se tendría que sostener que ya desde el Oligoceno existían formas *pithecoides* que subían y bajaban continuamente de los árboles, y que seguramente se podían mantener en dos pies al correr a gran velocidad o al luchar contra fieras enemigas. Descendientes de estas formas serían las diversas especies de *Procónsules*, y entre ellos se podrían encontrar los más remotos antepasados del hombre. Esto es posible. Pero asimismo se puede sostener la hipótesis tradicional: que la actitud erecta haya sido adquirida en un principio precisamente por el ejercicio del traslado entre las ramas. En efecto, la locomoción entre las ramas tiene que haber dado una mayor agilidad al cuerpo de los primates, desarrollando una mejor sincronización nerviosa de la vista y el oído

(22) W. E. Le Gros Clark, *Historia de los Primates, Una introducción al estudio del hombre fósil*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965, págs. 52 y sigs.
 (23) R. Beals, H. Hoijer, *Introducción a la Antropología*, Madrid, Aguilar, 1963, pag. 48.
 (24) W. E. Le Gros Clark, *Opus cit.*, pág. 40.

interno, o sea, del "sentido" del equilibrio. Entonces, por primera vez, si bien de un modo *sui generis*, apareció la forma erguida al caminar. Esta actitud erguida era cualitativamente diferente a cualquiera de los intentos anteriores, en tanto se basaba en el proceso evolutivo de la mano, en la sincronización audiovisual del cerebro antropoide y, en fin, en el perfeccionamiento del equilibrio óseo muscular en su conjunto. Todavía en la actualidad se puede observar como la practican algunos monos caminan sobre las extremidades inferiores y se sujetan con las manos de las ramas más altas. En el fondo, es la misma forma de aprender a caminar que la pedagogía infantil y la fisioterapia moderna emplean con los niños o los enfermos. Eso refuerza la posibilidad de que así hayan aprendido a caminar nuestros antepasados antropoides. Además, de esa manera se explica el comienzo de la liberación de la mano, imprescindible para una adaptación definitiva a la vida terrestre. Por lo tanto, la subespecie de monos que posteriormente se desgajó para constituir la familia de los homínidos, tendría que venir de antepasados arborícolas que por el condicionamiento del medio, de la flora, hubieran tenido una amplia experiencia en el "traslado bípedo entre las ramas" Claro está, que sin una excesiva especialización para columpiarse. Las formas más primitivas que descendieron de los árboles, debido a que tenían las extremidades delanteras todavía atadas a la locomoción, se extinguieron parcialmente o evolucionaron hasta los actuales monos *Catarrinos* (babuinos, mandriles).

Pero bien, la comprobación de cualquiera de las dos hipótesis anteriores es cosa que solamente se puede lograr mediante la sucesiva acumulación de restos fósiles. Lo que se encuentra fuera de toda duda es que desde mediados del Mioceno existía gran variedad de tipos de monos antropomorfos diseminados por Africa, Europa y Asia. Es casi seguro que entre ellos se encontraban los directos precursores filogenéticos de los grandes antropoides actuales y del hombre mismo. (Las diversas especies de *Drioputécidos* que se han descubierto, ofrecen modificaciones dentarias que concuerdan con las de casi todos los antropoides existentes, incluido el hombre). De todas maneras, la mano-garra primate, que para entonces ya se había convertido en una verdadera mano animal, continuó en su evolución y adaptación progresiva. Se perfeccionaron los músculos que dotaron de una mayor agilidad a los dedos, y la mano así habilitada sirvió de auxiliar al sentido de la vista —que había desplazado al olfato como sentido de la orientación— sosteniendo los objetos que le afectaban a una distancia conveniente de sus órganos visuales. Al mismo tiempo, rivalizó con la boca en la captura de insectos y parásitos, lo cual tuvo una doble repercusión. Primero, al efectuar la captura en su propio cuerpo, estimuló el desarrollo del sistema de percepción táctil, con lo que logró responder con gran precisión a pequeñas sensaciones y estímulos cutáneos. Segundo, al efectuarla en el cuerpo de otro animal de su especie, realizó un acto importante de colaboración no instintivo, que estimuló fuertemente la tendencia gregaria de la manada. Y finalmente, además de todo lo anterior, basándose como siempre en su visión estereoscópica de las cosas y en franca y refleja imitación de la naturaleza, el mono utilizó todo el balance muscular de su cuerpo y aprendió a lanzar burdamente, lejos de sí mismo, como proyectiles, los objetos que no le servían para la satisfacción inmediata de sus necesidades: frutas, semillas, etc.

Los monos primitivos vivieron siempre en manadas, en atención a relaciones instintivas de seguridad y procreación en la lucha por su existencia. Las diver-

gencias principales, la lucha enconada, se manifestó como en otros animales inferiores en relación a la selección sexual y a la alimentación. Sin embargo, por encima de esas diferencias, mantuvieron y desarrollaron medios de colaboración y comunicación superiores a los de todos los otros animales conocidos. La colaboración desarrollada incluyó las necesarias relaciones sexuales, maternales, de ayuda mutua para actividades colectivas como el aseo, el juego, etc., y de protección a los más débiles de la manada. Por otro lado, el desarrollo de los nexos de comunicación se fundó sobre el proceso de adaptación y especialización de sus extremidades, de su vista y de su cerebro, que les permitió un desarrollo elemental de la capacidad de observación. El sistema de comunicación de los monos consistió primordialmente en una rica gama de chillidos, además de una variedad de ademanes y gestos efectuados por las manos y los brazos en trance de liberación. Con ellos alcanzaron a expresar y comunicar puntos culminantes de sus sentimientos y emociones. Esta actividad, a su vez, influyó positivamente en el desarrollo de sus órganos sensoriales y bucales, así como en la dirección abstracta del empleo cada vez más complejo de la mano. En último término, esta compleja situación produjo un incremento en la actividad fisis-psíquica de las terminaciones corticales del cerebro. Y en su conjunto, los monos se desarrollaron en sentido antropomorfo, y se colocaron finalmente en situación de iniciar su largo y ascendente proceso de hominización.

2. El proceso general de hominización del mono antropomorfo

1) *Primera etapa. desde la adaptación progresiva del andar erguido hasta el comienzo de la transición al trabajo humano.* Los cambios orográficos y ambientales —el levantamiento de las cadenas montañosas, el descenso de la temperatura— que se produjeron a mediados del terciario, hicieron retroceder a las selvas hacia el sur y sometieron a los animales a una dura prueba de supervivencia (25). La ley general de la selección operó sobre los habitantes de los bosques y las selvas de las actuales zonas templadas, y los obligó a iniciar vastos procesos de cambio y adaptación. Durante cientos de miles y millones de años, múltiples especies animales se embarcaron en procesos de evolución que en muchas ocasiones las condujeron al estancamiento o a la aniquilación. Sin embargo, en ciertos casos, la plasticidad de algunas especies garantizó su continuidad y provocó los cambios necesarios para irradiar nuevas subespecies. Los mamíferos de sangre caliente se distinguieron notoriamente en esos procesos. Y precisamente entre los mamíferos que mejor abordaron el proceso de evolución se encontraban los monos antropomorfos precursores del hombre.

En la etapa arborícola la mano de los antropoides parahumanos se desarrolló primordialmente gracias a la necesidad de trasladarse y a la de cortar frutos para su alimentación. Especialmente el corte de los frutos colocó al antropoide ante una serie interminable y compleja de nuevas manipulaciones, que sólo pudieron ser resueltas gracias a una mayor sincronización de la vista y el manejo de los dedos. De esta manera, al descender a tierra, los precursores antropoides del hombre pudieron valerse de las manos para recoger frutos, cortar hierbas, arrancar raíces y escarbar agujeros de gusanos o pequeños roedores. También las emplearon en la inmediata defensa contra los ataques de otras fieras, a las que posiblemente ahuyentaron mediante el empleo de una novísima táctica de la

(25) C. O. Dunbar, *Geología Histórica*, México, 1961, pags. 448-50.

lucha por la existencia: lanzándoles burdamente como proyectiles los múltiples objetos que podían recoger del suelo: piedras, huesos, ramas de árboles. Esa actividad marcó un nuevo nivel en la coordinación de los movimientos de las extremidades y el cuerpo entero de los antropoides, y fue condición precursora para la sincronización visual y muscular que posteriormente sirvió de base fisiológica al aprendizaje de los tecnomas laborales más elementales. Al mismo tiempo, por así decirlo, fue una advertencia decisiva para los demás animales del enorme potencial encerrado en la mano antropoide al dirigirse por la vista y liberarse para la actuación.

Al habituarse a la vida terrestre el antropoide parahumano encontró una nueva situación a la que se tuvo que adaptar corporalmente en múltiples aspectos. A través de los millones de años que transcurrieron en esta primera etapa, el cuerpo del mono antropomorfo se hizo más vertical y su constitución sufrió notables modificaciones. Los brazos, quizás un poco demasiado largos, se fueron acortando lentamente, mientras los hombros se ensanchaban y las piernas se hacían más rectas. Al mismo tiempo, el calcáneo cambió de forma y posición, la planta de los pies, plana, adquirió forma abovedada y el andar se hizo más elástico, disminuyendo así el choque que sufría el cuerpo. Por otro lado, "la posición vertical trajo como resultado el cambio de la interrelación espacial de los órganos internos, por lo cual la pelvis que los soporta se ensanchó y descendió, tomando la forma de cáliz (copa, como en las flores)" (26). Al descender el centro de gravedad de todo el cuerpo, la columna vertebral se hizo más liviana, flexible, y adquirió una curvatura triple, desempeñando ya no sólo la función de soporte, sino también la de sostén equilibrado. En general, el cuerpo antropoide evolucionó con tendencia antropomorfa, hasta constituirse en el cuerpo de un protohomínido, prehumano.

También el cráneo antropoide sufrió cambios importantes en este proceso de evolución. Al adoptar la actitud bípeda, los precursores antropomorfos del hombre obtuvieron las condiciones necesarias para una transformación total de la posición y el volumen de las diferentes partes integrantes del cráneo. Ante todo, al abandonar la posición inclinada hacia adelante, el *foramen magnum* (agujero occipital a través del cual pasa la médula espinal) se desplazó progresivamente desde el extremo posterior del cráneo hasta su cara inferior. Esto coayudó al cambio de la posición y el volumen de las dos partes esenciales del cráneo: la cara y el *cranium* (caja craneal). La cara, que en los antropoides se encuentra situada por delante del *cranium*, fue descendiendo lentamente hasta ocupar la parte inferior. La caja craneal, en cambio, aumentó de volumen, se desplazó hacia el frente y perdió algunas crestas y rebordes óseos que le servían para insertar músculos propios de su estación cuadrúpeda. Al perder razón de ser como órganos para despedazar alimentos y como medios de defensa, las enormes fauces y los robustos caninos disminuyeron sensiblemente de tamaño. Por eso mismo, el arco cigomático (arco óseo de las mejillas) que servía de sostén a algunos músculos masticadores, también se atenuó en forma notoria. Como consecuencia de todo eso, la cabeza en su conjunto adoptó cierta expresión humana, ya que adquirió mayor flexibilidad en los músculos faciales (27). De esa manera se obtuvieron los presupuestos fisiológicos y osteológicos básicos pa-

(26) J. Augusta, Z. Burian, *El origen del hombre*, Buenos Aires, Edit. Cartago, 1965, pag. 45.

(27) C. Arambourg, *Opus cit.*, pags. 27-30. W. E. Le Gros Clark, *Opus cit.*, pags. 17-20. J. Augusta, Z. Burian, *Opus cit.*, pag. 45.

ra que, posteriormente, mediante el trabajo, el protohomínido se pudiera convertir en un ser inteligente, racional y moral.

Pero regresemos a la mano, a través de cuya evolución también se pueden diferenciar las épocas de este proceso. Al lanzar burdamente los objetos contra sus enemigos, los antropoides terrestres solamente repitieron en más difíciles condiciones acciones manovisuales ya ejecutadas mientras habitaban en los árboles. Un aspecto enteramente nuevo puede haber sido el empleo de una rama o un palo como *garrote*. Es muy improbable que el uso de los objetos, no como proyectiles sino como deliberadas extensiones de sus mismos miembros, haya podido ser aprendido mientras todavía empleaban sus manos para trasladarse entre las ramas (28). En todo caso, lo que sí ya significó un adelanto respecto a esa etapa, fue el empleo de la piedra para golpear directamente, la piedra como instrumento de *percusión*. En un principio, de seguro, como ayuda en la preparación de alimentos, para machacar frutos, abrir semillas, etc. Luego, como arma defensiva o para cazar pequeños animales. Los primeros instrumentos idealmente mixtos, es decir, mixtos en la comprensión reflexiva que acompañó a su uso, fueron los largos huesos de mastodontes, jabalíes y antílopes que eventualmente también sirvieron de garrote. Aunque los datos paleontológicos que tenemos solamente atestiguan su presencia en el Pleistoceno, la hipótesis de que ya eran utilizados unos cuantos millones de años antes se puede sostener basada en el ritmo evolutivo relativo de las determinadas formas y usos de instrumentos (29). El empleo de los huesos grandes de animales como garrotos significó la combinación de la dureza y la resistencia de la piedra con el alcance y la movilidad del garrote de madera. Y significó también que ya para entonces, tanto el poder de observación visual como el de percepción táctil se encontraban altamente coordinados en el cerebro prehumano.

Realmente, materialmente, el hombre se diferencia de los animales por su capacidad y necesidad de auxiliarse en su quehacer práctico con utensilios o instrumentos. Sin embargo, esta diferencia ofrece dos aspectos que en cierto sentido son contradictorios. 1) El aspecto del uso propiamente dicho de los instrumentos, y 2) el aspecto de su producción. En el primer aspecto, la diferencia con los animales es solamente cuantitativa. En el segundo aspecto, la diferencia es cualitativa. Esto quiere decir que los animales pueden llegar a utilizar algunos instrumentos o utensilios, aunque sólo muy burdamente y en la mayoría de los casos para la satisfacción de sus necesidades más inmediatas. Pero por el otro lado, quiere decir que jamás pueden llegar a construir un instrumento o utensilio, ni siquiera el más tosco y primitivo. Por eso Engels afirmaba acertadamente: "Ni una sola mano simiesca ha construido jamás un cuchillo de piedra por tosco que sea" (30). Desde el instante en que además de emplear poco más o menos acertadamente un objeto de la naturaleza como instrumento, el antropoide es

(28) No se debe confundir el hecho de que los antropoides actuales puedan portar un garrote entre las manos mientras se balancean en las ramas de los árboles, con la hipótesis histórica de que nuestros antepasados antropomorfos primeramente hayan descendido a tierra, y solamente después hayan aprendido a utilizar el garrote. Los antropoides actuales son, en muchos aspectos, más evolucionados que nuestros antepasados antropomorfos, de tal manera que su estructura corporal y sus habilidades no se pueden trasladar mecánicamente al pretérito para explicar la situación de aquéllos. Sin embargo, esta hipótesis tampoco se puede comprobar directamente, y sólo es sostenible al considerar el uso del garrote en relación a la habilidad muscular y la sincronización cerebral que requiere.

(29) Es decir, basado en la aplicación del ritmo evolutivo zoológico (*rates of evolution*) al campo de la cultura prehistórica. De manera semejante a como estadísticamente se ha podido desentrañar el complejísimo ritmo de la evolución zoológica, también se debe poder comprobar un ritmo en la evolución tecnológica. Cf. G. G. Simpson, *The meaning of evolution*, New Haven, Yale University Press, 1964, págs. 100 y sigs.

(30) *El papel del trabajo etc.*, *Opus cit.*, II, pag. 78.

capaz de moldearlo adecuadamente, de modificarlo aunque sólo sea de una manera muy primitiva en vista de un empleo definido, desde ese momento ha vencido la barrera animal y ha entrado al umbral del proceso de humanización general.

La primera etapa del proceso de hominización antropeide se extiende precisamente hasta el umbral de la forma más primitiva de producción de instrumentos. Pero debe quedar claro que dicho "umbral" se encuentra constituido por un largo proceso histórico de transición. Quizás se puede enmarcar de dos momentos extremos. El primero sería cuando el poder de observación, la experiencia y la práctica misma, impulsan al antropeide a *seleccionar* sus instrumentos naturales. Entre muchos huesos y piedras busca, compara y pulsa aquellos que más le convienen para sus propósitos. El segundo aparecería cuando debido al golpe fortuito de piedra contra hueso, piedra contra piedra o hueso contra hueso, modifica inconscientemente sus instrumentos naturales que así adquieren formas más adecuadas a sus necesidades. Entonces se inicia el modo más primitivo de producción, que se limita a astillar los huesos o a partir las piedras, para seleccionar entre los pedazos resultantes los más convenientes para su empleo. Sin poder decir quizás que el mono protohomínido se encuentra produciendo plenamente sus propios instrumentos, tampoco se puede decir que su acción sea la de un puro animal que usa la naturaleza inconscientemente para sus fines. A la simple selección se ha agregado la intervención práctica a un nivel elementalísimo, como forma precursora de la transformación propia de la naturaleza que efectúa el trabajo. Un paso más y se inicia la segunda etapa del proceso de hominización antropeide, la cual se encuentra determinada de una manera más clara por el trabajo como práctica humana originaria y elemental.

2) *Segunda etapa del proceso de hominización.* La reconstrucción hipotética de esta segunda etapa del proceso de hominización se puede intentar, mediante una serie de inferencias analógico-históricas obtenidas de los datos proporcionados por los restos fósiles antropomorfos y homínidos más primitivos, y teniendo en cuenta las correlaciones del ritmo evolutivo propio de ellos. De esta manera se puede suponer que su desarrollo se extiende durante algunos millones de años, desde finales del Plioceno hasta el Pleistoceno inferior, que comprende a grandes rasgos la evolución que va desde posibles sucesores del Oreopiteco (*Oreopithecus banbolii*) hasta los Australopitécidos y Pitecantrópidos, posibles mediatos e inmediatos antecesores del hombre en su sentido más amplio. Para la reconstrucción hipotética de esta etapa ha tenido gran significación el descubrimiento de regular cantidad de fósiles parahumanos en el África meridional desde la década de los 40 (31). Dichos fósiles demostraron nuevamente que el proceso real de humanización es complejo, variado, o sea, que es un proceso natural, dialéctico, "interrumpido incluso a veces por regresiones locales, pero avanzando progresivamente en su conjunto". Con eso se volvió a refutar cualquier intento de idealizar o divinizar al mencionado proceso, considerándolo como una excepción en la naturaleza. Por otro lado, se comprobó la relativa independencia del aumento de la masa cerebral respecto a la postura erguida de los antropeides, es decir, que se confirmó que la actitud bípeda al caminar solamente proporciona las condiciones para ese aumento, pero no es su causa única. De esta manera, se volvió a ratificar que los "dos estímulos

(31) J. T. Robinson, *The australopithecines and their evolutionary significance*, Londres, 1952.

principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se transformó en cerebro humano, fueron, primero, el trabajo, y luego con él, la palabra articulada" (32). Con eso se refutó la excesiva simplificación del proceso de humanización del cerebro animal, que trataba de hacer del pensamiento un producto unilateral de la evolución biológica de la materia sin tener en cuenta la determinación social. Porque en último caso, es la variación en la alimentación la que proporciona la base físico-química para el desarrollo fisiológico del cerebro, y dicha variación sólo es posible mediante el trabajo humano transformador.

El punto de partida, de la segunda etapa de la hominización de los antropoides, es el tránsito al trabajo originario como práctica específica en la construcción de sus utensilios más primitivos. Los factores principales son la sucesiva complicación de las relaciones prácticas, relaciones con los objetos de la naturaleza y con los miembros integrantes de una misma manada, y el crecimiento de la actividad fisis-psíquica del cerebro así como el de la capacidad craneana. En efecto, después de que los antropoides prehomínidos hubieron realizado las más elementales formas de selección e intervención en los instrumentos naturales, las mismas condiciones de vida y la lucha por la existencia se encargaron de desarrollar cada vez más esa selección e intervención. Por un lado, aumentó la variedad de instrumentos y durante millones de años se combinaron indistintamente aquellos brindados por la naturaleza con aquellos otros creados por la rudimentaria habilidad manual. Por el otro, esa variación y combinación enriqueció internamente las posibilidades del desarrollo instrumental. Así: a los garrotos y las piedras se agregaron trozos de huesos, astas (cuernos) puntiagudas, conchas, etc. En su empleo, la mano del ya para entonces protohomínido descubrió otras habilidades que todavía guardaba dentro de sí. Del primario tecnema de la percusión se pasó a los tecnemas de la presión, del apalancamiento y la tracción. Y entonces, esas nuevas habilidades incrementaron a su vez la primitiva producción. La fabricación de los primeros instrumentos del hombre, pues, presupusieron dialécticamente, una cierta habilidad adquirida por su uso. En resumen, se verificó el proceso de transición desde la piedra o el hueso modificado casualmente, hasta el hueso o la piedra rudimentariamente producido y seleccionado como arma o herramienta. Esto significó un salto cualitativo en la capacidad operacional de la mano y el cerebro protohumano. De manera correspondiente, también se establecieron vínculos gregarios más estrechos, que constituyeron un núcleo a partir del cual se desarrollarían posteriormente los nexos sociales más elementales. se cazó en manada u horda, se pasó la noche en lugares abrigados contra las inclemencias del tiempo y el peligro de las fieras. Las disputas por los despojos de los animales cazados disminuyeron, manifestándose casi exclusivamente frente a otros grupos ajenos al propio. El proceso de hominización mostró más claramente su carácter social peculiar

El punto culminante lo constituyó, sin duda alguna, el empleo y el dominio del fuego. Agregado a la primitiva producción de instrumentos óseos y líticos, significó el advenimiento del ser humano en su plenitud, completamente diferenciado de las formas antropomorfas precursoras. En un principio, posiblemente a través de millares de años, el dominio del fuego se vio precedido por el simple *uso* de él, tomado casualmente de la naturaleza. Pero su misma utilización, independiente de su dominio y producción, significó un adelanto considerable

(32) F. Engels, *Opus cit.*, II, pag. 81.

en las relaciones del hombre con la naturaleza, con el ambiente que le rodea. Colocó por primera vez a su servicio, aunque con limitaciones, a una de las fuerzas más poderosas de la naturaleza. Y cuando a través del tiempo, por el golpe de unos pedernales entre sí, o por la fricción de maderas, llegó a dominar su producción, la esfera de sus posibilidades se amplió de modo prodigioso. "Calentado por las ascuas, el hombre pudo soportar las noches frías y pudo penetrar en las regiones templadas y aun en las árticas. Las llamas le dieron luz en las noches y le permitieron explorar los lugares recónditos de las cavernas que le daban abrigo. El fuego ahuyentó a las otras bestias salvajes. Por el cocimiento se hicieron comestibles sustancias que no lo eran en su estado natural. El hombre ya no tuvo que limitar sus movimientos a un tipo restringido de clima, y sus actividades no quedaron limitadas por la luz del sol" (33).

El dominio del fuego por el hombre significó el cumplimiento de la diferencia cualitativa general entre la práctica humana y la actividad antropeide, entre el comportamiento humano hacia la naturaleza y el comportamiento animal hacia ella. A través de la primitiva producción de sus instrumentos de caza y defensa, el hombre en proceso de formación dejó entrever que era capaz de aprovechar y de utilizar los elementos de la naturaleza de un modo enteramente diferente a los animales: transformándolos para su utilización. Pero con el dominio del fuego, con el control de su producción y su mantenimiento, dejó entrever que no sólo era capaz de adaptar y aprovechar a la naturaleza, sino que también era capaz de someterla, de ser su señor. Con eso se completó la diferencia esencial existente entre el hombre y los animales. Mientras que estos últimos —como acertadamente señalara Engels— solamente *utilizan* la naturaleza exterior, modificándola en tanto están presentes en ella, los primeros, es decir los hombres, la modifican y la obligan así a servirle, la *dominan*.

Con el dominio del fuego el hombre se hizo propiamente hombre. Ese dominio le afectó a todos los niveles, revolucionando el proceso hominizador que le venía configurando. A partir de él, se puede decir, se inició una fase nueva de dicho proceso, la humanización ya más propiamente del hombre mismo. Los factores principales que surgen en esa fase nueva son ya peculiarmente humanos: la adaptación de los órganos internos a la nueva alimentación, el desarrollo del lenguaje articulado como un segundo sistema de señales o afecciones, la configuración propia de la conciencia humana, el pensamiento abstracto. Simultáneamente, las actividades anteriores aumentaron en complejidad y variación, transformándose en nuevas técnicas del trabajo productivo. Mas ya con eso, la práctica originaria se elevó a niveles de trabajo y organización nuevos, que desbordan el tema propio de este capítulo.

3. *La estructura original del trabajo primitivo*

El trabajo primitivo, la práctica originaria en el proceso de transición del mono al hombre, ofrece ya las características o funciones esenciales del trabajo como actividad social fundamental. Influye en el proceso de humanización, produce indirectamente la existencia de los individuos y determina sus otras actividades y su forma de vida. Pero además de eso, el trabajo primitivo contiene el germen de las principales determinaciones y diferenciaciones que posteriormente

(33) V. Gordon Childe, *Los orígenes de la civilización*, México, FCE, 1954, pag. 66.

se manifiestan en el trabajo organizado y evolucionado. En otras palabras, la estructura original del trabajo primitivo manifiesta ya, aunque en forma incipiente, los aspectos principales de la práctica humana desarrollada y madurada socialmente, así como los momentos constitutivos de esa práctica. Estos aspectos y momentos se pueden vislumbrar ya en el análisis de la estructura original.

1) *Los principales aspectos del trabajo como práctica originaria.* El trabajo como práctica originaria es actividad totalizante, abarcadora de toda la vida del hombre en proceso de formación. Por lo tanto, sus diferentes aspectos se muestran como dentro de esa totalidad, como dentro del trabajo mismo, estrechamente cohesionados entre sí. Dichos aspectos son en esencia tres: el aspecto de la actividad constructiva, el aspecto de la actividad destructiva, y el aspecto de la actividad indiferente o diversión. Ninguno de ellos se encuentra totalmente desligado de los otros, sino que cada uno de ellos incluye a los otros dentro de sí mismo, dependiendo de la práctica concreta que se pone en ejecución.

El trabajo primitivo, pues, es una práctica casi sintética de los diversos aspectos activos, cuyas diferencias se van manifestando como en una sola y continua acción. Cuando los antropoides parahumanos se dedican a la recolección de frutos, raíces, huevos de pájaros o reptiles, etc., incluyen también en esa actividad la destrucción de posibles fuentes de alimentación futura. Por eso decía con razón Engels: "todos los animales son unos grandes despilfarradores de alimentos". Pero no sólo eso. Simultáneamente a que obtienen y destruyen medios nutritivos de subsistencia, se ven obligados a luchar contra otras fieras con las que compiten para obtener dichos alimentos. Y todavía al mismo tiempo, intercalados entre esas actividades, los antropoides encuentran los momentos de su diversión, que pueden acontecer en las situaciones más insospechadas. De esa manera, en el originario trabajo de recolección de alimentos se encuentran indisolublemente entrelazados los tres aspectos principales de la práctica general.

Cosa semejante sucede cuando están dedicados a la primitiva construcción de sus viviendas, aunque en ese caso el aspecto constructivo desplace notoriamente al destructivo. Sin embargo, este último se mantiene (destrucción de arbustos, de otros "nidos" vecinos, etc.), y también el de diversión, que aparece sin ningún orden previsto, condicionado en la mayor parte de los casos por afecciones provenientes del exterior. Y otra vez sucede lo mismo con la procreación genética, que en apariencia solamente ofrece el aspecto enteramente indiferente, divertido de la práctica. En verdad, se encuentra constituida por el trabajo constructivo del sometimiento y la fecundación de la hembra, el indiferente de la satisfacción sexual propiamente dicha, y el destructivo que no fija condiciones suficientes para el mantenimiento de la vida nueva. Porque aunque el "instinto de conservación" de las especies es evidente, no cabe duda de que, cuando las condiciones ambientales en general los presionen, todos los animales —incluidos nuestros antepasados antropoides— además de grandes despilfarradores de alimentos, demuestran ser también grandes despilfarradores de vidas.

Al perfeccionarse el trabajo originario como práctica humana primitiva, el panorama no cambia esencialmente. La obtención de alimentos por medio de la caza implica la desordenada destrucción de no pocos animales y, por supuesto, nuevas fuentes de entretenimiento. Ahora bien, una característica peculiar de los miembros de la especie humana es el que, en determinadas etapas de su desarrollo, lleguen incluso a destruir a sus semejantes para alimentarse: se convier-

ten en antropófagos. El estudio detallado que se ha llevado a cabo en los últimos años sobre las perforaciones y quebraduras craneanas de mandriles y australopithecus, ha revelado que probablemente los homínidos africanos no se alimentaban solamente de monos, sino también de criaturas semejantes a ellos (34). Si los precursores del hombre de hace 1 000 000 de años practicaban el canibalismo, está dentro de los límites de lo posible que dicha práctica también haya sido ejecutada por otros precursores antropomorfos más remotos. De esa manera podría parecer que el tránsito a la caza, como nueva forma de práctica alimenticia, significó un predominio más notorio del aspecto destructivo de la actividad originaria. Pero entonces hay que recordar que ésta se encontró ineludiblemente acompañada por otra forma práctica: la producción o al menos la selección de los primeros instrumentos de caza. Y precisamente en esta producción o simple selección se manifestó de manera más parcial el otro aspecto de la actividad originaria, el aspecto constructivo. En el fondo, se trató ya del tránsito al trabajo humano propiamente dicho y, como tal, de una primera diferenciación de la práctica social fundamental. Sin embargo, si bien es cierto que en la selección de una semiquijada, en el astillamiento de un fémur, o en la selección de una u otra piedra para golpear con ella, los aspectos destructivos, e indiferentes son poco notorios, no por eso pueden considerarse como completamente ausentes. En primer lugar, porque seguramente esa primitiva forma de expresión del trabajo humano constituyó la principal fuente de diversión que tuvieron nuestros antepasados antropomorfos. En segundo lugar, porque constituyó solamente un momento de la nueva actividad propia para procurarse alimentos: la caza. En fin, porque precisamente a través de la caza fue que posteriormente lograron aumentar la práctica de selección y producción de instrumentos, aprovechando el esqueleto de los animales muertos cuya carne ya había sido consumida por ellos.

El aspecto más positivo del trabajo primitivo se manifestó, indudablemente, en la industria lítica, incluso a nivel de producción de guijarros (*pebble-culture*). Es por eso que a través de su desenvolvimiento gradual, industria de núcleos, de lascas, de hojas, etc., ganó supremacía y llegó a constituir la base de la verdadera actividad organizada de los hombres. Con ella, el aspecto constructivo de la actividad originaria adquirió cierta independencia respecto a los otros aspectos anteriormente tan estrechamente vinculados a él. Pero con ella, también, la práctica originaria se superó a sí misma, el trabajo quedó deslindado como una práctica entre muchas otras, si bien conservando su carácter de fundamental. El posterior desarrollo general de la práctica social tendió a agudizar más profundamente estas diferencias, entre las diversas actividades efectuadas, al grado de que en la actualidad se les puede separar por completo. Pero sólo en apariencia, al menos en el mundo de transición revolucionaria en que vivimos, ya que internamente mantienen una estrecha vinculación recíproca, un abigarrado y complejo intercondicionamiento. Esto se hace evidente para todos, por ejemplo, en el hecho de que la actividad más altamente constructiva con que contamos en nuestros días, la investigación científica, condicione simultáneamente la posibilidad más inmediata de practicar nuestra destrucción total (guerra bacteriológica y nuclear).

2) *Los momentos esenciales de la práctica primitiva.* El análisis del trabajo primitivo nos revela que también los momentos esenciales de la práctica se es-

(34) R. A. Dart, *Aventuras con el eslabon perdido*, México, FCE, 1962, pag. 173.

conden, un tanto indistintamente, en él. Estos momentos esenciales se encuentran entrelazados, en cierto modo confundidos, dentro del modo único de la acción práctica originaria. Al mismo tiempo, se dan indiferenciados en los diversos aspectos activos que se van manifestando, es decir, se aplican por igual a ellos, sin discriminación. Considerándolos por separado podemos decir que son los siguientes:

- a) El momento de la observación.
- b) El momento de la experiencia.
- c) El momento del experimento.
- d) El momento del método

Cada uno de ellos se encuentra constituido por una estructura compleja que, sin embargo, no analizaremos en este estudio. Aquí nos limitaremos a tomarlos en sus vinculaciones mutuas como momentos unitarios de la actividad práctica general.

En efecto, los momentos esenciales de la práctica originaria tienen sus raíces últimas en las condiciones bio-psíquicas de los seres humanos (heredadas de los animales), y en sus reacciones frente a los estímulos del medio ambiente. Sin embargo, al considerarlos como elementos integrantes del trabajo social, es decir, al considerarlos desde el punto de vista de su función social, dichas reacciones no son meros reflejos mecánicos de las condiciones ambientales, sino que también, en cierta medida, constituyen su superación.

En la simple recolección de frutos silvestres, raíces, huevos de pájaros, etc., el "instinto" animal juega un papel importante, básico, como impulsador de la acción. Pero en cuanto se toma a esa simple recolección como trabajo originario, se manifiestan en ella los diferentes momentos prácticos antes mencionados, entrelazados de tal manera que es difícil hacer una distinción tajante. La observación, como capacidad analítica de la percepción sensible, ensancha a la experiencia y es simultáneamente su producto. Al mismo tiempo abre caminos para experimentos posibles, como puede haber sido el de sacudir las ramas de un árbol para que cayesen las frutas, que enriquecen la experiencia, la acumulan, y comienzan a suplantarse el simple "instinto" por el hábito. El hábito, la repetición en determinadas condiciones de cierta actividad regulada por la observación y comprobada por la experiencia mediante el experimento, es el resultado superior que con posterioridad, al hacerse consciente, se convierte en la totalización metódica propia del trabajo. Pero en sus orígenes sólo es un resultado, su acción no revierte sobre los demás momentos constituyentes. Por eso mismo, su ejecución desciende nuevamente a nivel de hábito, reflejo, que solamente se mantiene como procedimiento en tanto es enriquecido de manera continua, en tanto es renovado, por la permanente acumulación de nuevas observaciones, experiencias y experimentos. Todo lo cual, pues, se funde de un modo casi indiscernible en una acción unitaria, en el comportamiento práctico primitivo, como trabajo continuo y diferenciado.

La misma situación se tiene al considerar la primitiva acción de la construcción de viviendas iniciada por nuestros precursores antropomorfos. La pudieron realizar sólo gracias a una acumulación de experiencias, al tanteo experimental basado en la observación y, en fin, a la adopción de un procedimiento general producto de lo anterior. La selección concreta de ramas, piedras y el

lugar apropiado para la vivienda se fue convirtiendo en un hábito flexible, progresivo, que aunque exteriormente no ofrecía diferencias notorias con los ejecutados por otros animales, era algo radicalmente nuevo en tanto conjugaba como resultado los distintos momentos de la práctica humana general. Con posterioridad, al aparecer el trabajo propiamente dicho como selección y primitiva producción de instrumentos, los distintos momentos asentaron sus diferencias mutuas y sus diferencias conjuntas frente al quehacer "instintivo" de los animales, ofreciendo por primera vez, de un modo más propio, el momento metódico, resultante y configurador de la práctica específicamente humana. Claro está, que sin tener una conciencia reflexiva separada de él.

El momento de la observación se enriqueció mucho con la caza como nueva forma de obtención de alimentos. Y, en cierta manera, sólo cuando la capacidad de observar del protohombre se hubo desarrollado lo suficiente, pudo comenzar a cazar. Ya no solamente de modo fortuito, en los encuentros casuales que tenía con las fieras, sino de modo continuo, como una actividad de su vida. La experiencia acumulada en esos encuentros revirtió sobre sus otras experiencias y produjo las primeras conexiones metódicas. De esa manera pudo mejorar su capacidad de seleccionar las ramas, las piedras y los huesos más apropiados para la elaboración de sus instrumentos o armas de caza. Recíprocamente, tuvo que observar de manera más aguda a los objetos de donde obtenía dichas armas, recordar dónde podía encontrarlos y diferenciar sus especies más útiles. El uso especializado de ciertas piedras, generalmente las más pesadas y cortantes que encontraba, o el empleo especializado de determinados huesos, los fémures como mazos, las semiquijadas como armas cortantes, etc., indican ya un alto nivel en el desarrollo práctico humanizador. Como consecuencia de él, se plantearon una serie de posibilidades, cuya solución fue necesaria para satisfacer la misma actividad práctica. Se inició una nueva etapa de la experimentación, más compleja, más humana. Se golpearon las piedras con los huesos, los huesos entre sí. Se experimentó a dos niveles, al nivel de la producción de instrumentos y al nivel de la aplicación o empleo práctico de esos instrumentos. Solamente de esa manera se pudo descubrir que los huesos astillados eran un arma punzante mortífera. Y esa experiencia colocó a los protohombres ante nuevos problemas prácticos. El empleo de astas y cuernos de animales, la mejor manera de astillar huesos largos, etc.

En todo caso, la diferenciación y simultánea interacción de los diversos momentos de la práctica, culminan con la adopción de ciertos procedimientos unitarios que facilitan el quehacer cotidiano. Pero si bien ese momento metódico significa una síntesis de observaciones, experiencias y experimentos anteriores, nunca puede constituir una síntesis definitiva. Es solamente el conjunto de las relaciones de los otros momentos en un nivel determinado de la práctica humana. Un paso más y la síntesis se manifiesta ya no como conjugación, sino como simple procedimiento, el aspecto de un momento entre los otros momentos que constituyen al método, dentro del progresivo desarrollo de la actividad.

En el nivel elemental de la práctica humana, el trabajo se manifiesta como actividad totalizante, todo-abarcadora de la vida protohumana. La estructura original del trabajo es, por lo tanto, una estructura totalmente fluida, insegura. La multitud de interacciones y condicionamientos mutuos entre los diferentes aspectos, entre los momentos diferentes, y entre las distintas actividades especializadas de la práctica, es más estrecha, más inmediata. Esto trae la ventaja de

que la estructura en su conjunto se puede captar con más facilidad. Así lo hicimos en este breve análisis. Pero al mismo tiempo, se da una desventaja. La complejidad de la estructura real no se alcanza a vislumbrar, no se puede apreciar en detalle. Para eso es necesario efectuar una multitud de análisis de las distintas actividades concretas que adquieren su forma a niveles más avanzados de la práctica general. En dichas actividades, la complejidad interna y externa de los momentos y aspectos es enorme. Pero precisamente por eso, arrojan nueva luz sobre la estructura originaria del trabajo, y la iluminan de una manera mucho más profunda de lo que nosotros podemos hacer. Finalmente, la reconstrucción de la estructura del trabajo originario que se pudiera obtener de ese modo, tendría que ser comprobada por la experimentación antropológica (34). Sólo mediante esa comprobación experimental podría trascender del ámbito teórico y especulativo en que nos encontramos, para entrar al plano más elevado de lo científicamente verdadero.

IV—BOSQUEJO GENERAL DEL DESARROLLO HISTORICO DE LA PRACTICA

La exposición ordenada, aunque fuese sucinta, del desarrollo histórico concreto de la práctica, requiere un trabajo de investigación previo que no somos capaces de realizar y que podría llevarnos varios años. En rigor, sólo podrá ser ejecutado convenientemente por un equipo de investigadores científicos especializados que cuente con el apoyo de una institución científica. Por eso, hemos optado por presentar, provisionalmente, un simple esquema de dicho desarrollo, precedido de unas cuantas leyes fundamentales que parecen observarse en él. De esa manera, se podrá tener una noción ligera de la tarea de investigación ingente que aún queda por delante, así como del significado de la referencia que hicimos en el prólogo acerca del tema de la práctica y el materialismo histórico. Sin embargo, no se debe olvidar en ningún momento que aquí sólo presentamos un esquema provisional, que deberá ser sometido a un reajuste total mediante investigaciones futuras.

1. *Leyes Fundamentales del Desarrollo General de la Práctica*

1) El desarrollo de la práctica humana es el conjunto de relaciones que el hombre tiene con la naturaleza y con otros hombres, dentro del desarrollo histórico de la sociedad, y enfocado desde la perspectiva en que el hombre actúa y cambia su medio ambiente.

2) Las diferentes actividades humanas son manifestaciones históricas concretas, y por lo tanto sociales, de la práctica humana general.

3) Entre todas y cada una de las diferentes actividades humanas existen interacciones mutuas, condicionamientos e influencias cuyo orden concreto va siendo dado por el desarrollo histórico.

4) Entre todas las diferentes actividades humanas existe una que se destaca como fundamental y determinante el trabajo. El trabajo es la actividad humana que se dedica al mantenimiento de la vida o existencia del hombre, me-

(35) R. A. Dart, *Ibid.*, pags. 180 y sigs., 284 y sigs., da un ejemplo revelador de como se pueden someter a la comprobación experimental las hipótesis de la antropología prehistórica.

diante la transformación, la adecuación y la dominación de las materias naturales, o sea, la actividad encaminada a satisfacer sus necesidades existenciales mediante la producción de bienes materiales y espirituales.

5) En el desarrollo general de la práctica existe una tendencia histórica a la diferenciación y el deslinde progresivo de las diversas actividades humanas.

6) Contradictoriamente, también existe en ese desarrollo una tendencia histórica a la interacción y el ensamblamiento cada vez mayor de las diversas actividades humanas.

7) A un nivel determinado de su desenvolvimiento histórico, una actividad humana concreta engendra como desde dentro de sí misma a su contra-actividad, una acción o actividad negativa o contraria a la primera. Pero dicha contra-actividad a su vez, en tanto actividad humana, a un nivel determinado de su desarrollo histórico engendra una nueva contra-actividad de sí misma, que ya no es la actividad originaria, aunque sí refleja ciertos rasgos de ella a un nuevo nivel.

8) Los aspectos principales de la práctica humana son tres. el constructivo, el destructivo y el indiferente o divertido. Ninguno de dichos aspectos se da enteramente desligado de los otros dos, aunque en cada actividad concreta puede predominar uno o dos de ellos sobre los otros o el otro.

9) En el desarrollo general de la práctica existe una tendencia histórica a la identificación progresiva de aspectos determinados de dicha práctica, con actividades especializadas definidas sin que, desde luego, se pueda llegar jamás a la identificación total.

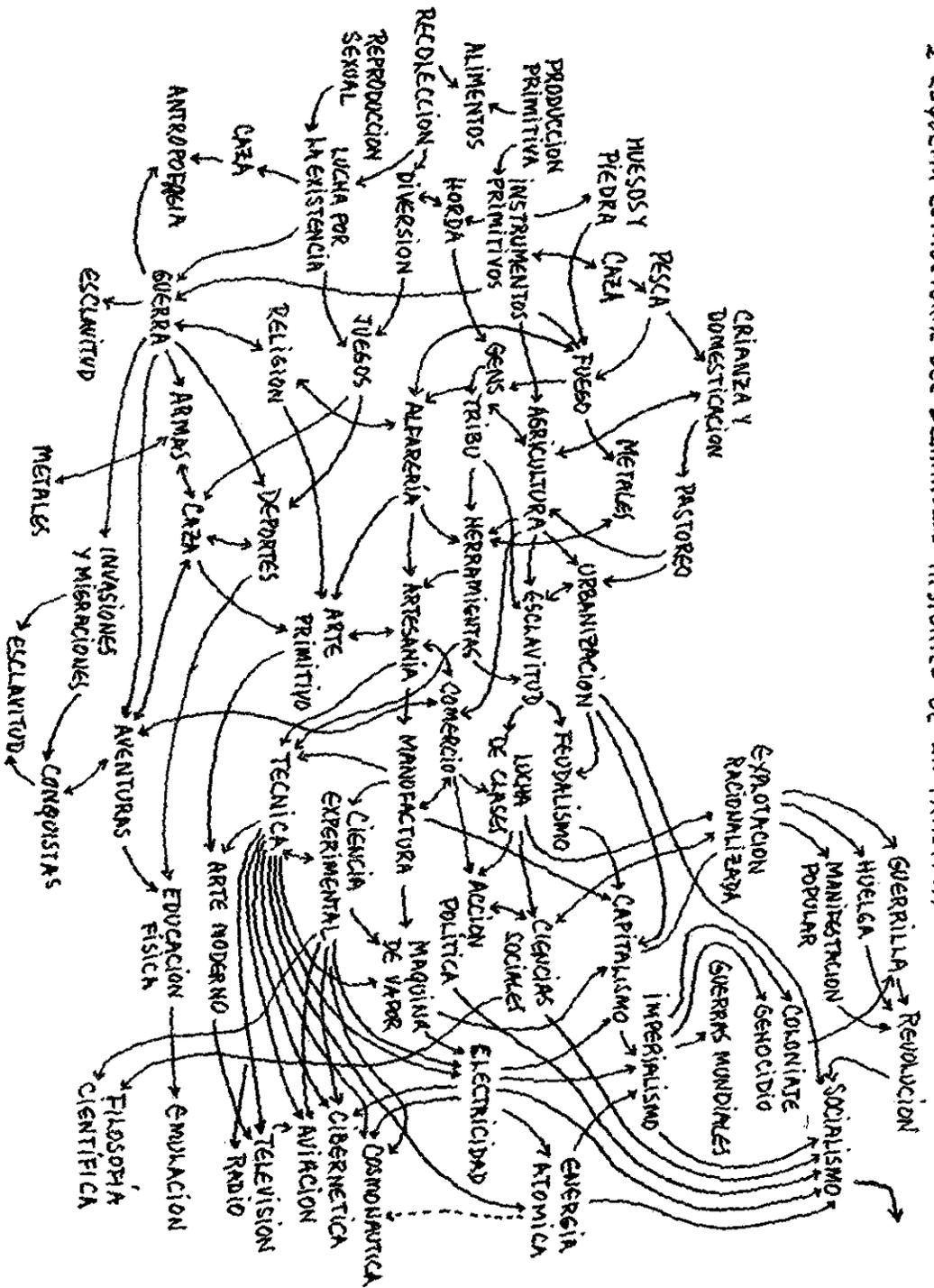
10) Contradictoriamente, también existe una tendencia histórica al mayor equilibrio de los aspectos diversos de la práctica, distribuidos convenientemente entre las actividades sociales concretas, de manera que su aspecto constructivo y su aspecto indiferente predominan.

11) En el desarrollo general de la práctica existe una tendencia histórica a que el dominio del aspecto constructivo y del aspecto indiferente sea cada vez mayor, y a que la participación del aspecto destructivo disminuya, en las actividades concretas. Sin embargo, dicha tendencia sólo se logra (al menos hasta el momento) como la realización efectiva de los aspectos progresivo e indiferente, y la posible suspensión del aspecto regresivo que, no obstante, se guarda como futuro latente.

12) Los momentos esenciales de la práctica humana son cuatro: el momento de la observación, el de la experiencia, el del experimento y el del método. El orden de su enumeración guarda relación con la estructura de su condicionamiento recíproco, así como con la secuencia de su aparición histórica. A un nivel más avanzado de la práctica, sin embargo, todos los momentos interactúan entre sí y encuentran su síntesis progresiva en el momento del método.

13) La estructura de los diversos momentos de la práctica varía según la actividad concreta en que se manifiesten, y según los aspectos que más predominan en dicha actividad. En ese sentido no se puede hablar de una tendencia histórica general, a menos que se mencione como tal, la progresiva preeminencia

2 ESQUEMA ESTRUCTURAL DEL DESARROLLO HISTORICO DE LA PRACTICA



que ha ido adquiriendo el momento del método, ya no sólo como síntesis conjugada de los otros momentos sino también como momento directivo y motriz.

V—LA PRACTICA COMO CATEGORIA DIALECTICA

Las categorías son los conceptos más generales dentro de una ciencia o disciplina científica. En cuanto conceptos, son la síntesis mental que expresan los conocimientos adquiridos acerca de un proceso o grupo de procesos (36). Se forman mediante la abstracción científica de las propiedades fundamentales de dicho proceso o grupo de procesos, que de esa manera prescinde de las propiedades secundarias de su existencia. Al mismo tiempo, incluyen las diversas relaciones, las interacciones y los condicionamientos mutuos de las características o aspectos fundamentales tomados en consideración. Dichas vinculaciones se comprueban constantemente a través de las diversas actividades prácticas del hombre. De ese modo los conceptos se van desarrollando, se van perfeccionando, y reflejan con una aproximación, profundidad y complejidad cada vez mayor, la realidad de los procesos existentes.

Las categorías más generales son aquellas comunes al conjunto de las ciencias —tanto naturales como sociales— y, por su carácter de máxima generalidad, se denominan *categorías filosóficas* (37). Dichas categorías, ordenadas en su detalle e interacción mutua, constituyen el *sistema* filosófico de las categorías que sirve de estructura al conocimiento científico (38). El sistema en su totalidad es eminentemente flexible, dinámico, se va desarrollando y se va perfeccionando a medida que se desarrollan y se perfeccionan sus elementos. En su expresión más elevada, de acuerdo con el nivel científico alcanzado en la actualidad, se constituye en un *sistema dialéctico* de las categorías. El sistema dialéctico de las categorías filosóficas incluye las determinaciones anteriores y, además, el hecho de que en su constitución, refleja las leyes científicas más generales que gobiernan al conjunto de los procesos existentes y a cada uno de ellos en particular. Refleja, pues, las leyes dialécticas del desarrollo concreto de los procesos naturales y sociales.

Las categorías filosóficas constituyentes del sistema dialéctico son asimismo dialécticas. Eso quiere decir que, por un lado, guardan externamente relaciones, interacciones y conexiones recíprocas con el resto de las categorías del sistema, y sólo se comprenden de manera completa en esa abigarrada determinación. Por el otro, en tanto reflejan un proceso o conjunto de procesos reales, determinan dentro de sí mismas el desenvolvimiento dialéctico de ese o esos procesos, y de ahí que se manifiesten internamente como contradictorias, interactuantes y poseedoras de una estructura y evolución propias. En otras palabras, sólo la determinación simultánea de la dialéctica *externa* y la dialéctica *interna* de cada categoría filosófica, es la que garantiza su pertenencia adecuada al sistema dialéctico y, en último término, la validez científica del sistema en su conjunto.

Como fácilmente se puede apreciar, las interacciones, conexiones y determinaciones internas de cada categoría filosófica guardan vínculos asimismo dialécticos con sus nexos externos, y son en realidad un reflejo concreto, específico, del sistema dialéctico en su totalidad.

(36) Cf. E. de Gortari, *Logica General*, México, Grijalbo, 1964, págs. 61 y sgs.

(37) M. M. Rosenthal, G. M. Straks, *Categorías del materialismo dialéctico*, México, Grijalbo, 1957, págs. 7 y 41.

(38) E. de Gortari, *Logica General*, pág. 74.

El proceso real, histórico y concreto de la práctica humana, tiene su reflejo conceptual más acabado en la categoría de práctica, cuya determinación dialéctica tratamos de exponer, a grandes rasgos, a continuación.

1. *La Investigación Experimental*

Desde hace aproximadamente unos 500 años, el hombre ha dispensado gran importancia a los experimentos, como procedimientos para comprobar, relacionar y aumentar los conocimientos, acerca de la naturaleza que nos rodea, y como técnica de control y dominio de los procesos naturales mismos que se perfecciona progresivamente. Durante el transcurso de esos cinco siglos, el procedimiento experimental ha pasado a convertirse en un método experimental propiamente dicho, configurando de esa manera uno de los momentos fundamentales de la práctica científica. La investigación moderna realizada en el campo de las ciencias de la naturaleza, otorga un lugar básico y preponderante a la investigación experimental.

Generalmente se define al experimento como la observación controlada de uno o varios procesos conocidos parcialmente, que de esa manera se ven obligados a poner al descubierto propiedades nuevas o aspectos que teóricamente son posibles. Sin embargo, el experimento no es casi nunca un acontecimiento aislado, sino una serie progresiva de interferencias, pruebas y modificaciones. En otras palabras, más que del "experimento" como tal se debe hablar de la serie sucesiva de experimentos, o sea, de "los" experimentos como variaciones progresivas vinculadas entre sí por medio de una técnica de control (39). Los experimentos sólo son posibles allí donde esa técnica se ha logrado desarrollar hasta un nivel que permite al individuo (hombre de ciencia) que interviene en los procesos, alejarse posteriormente de ellos para adoptar la postura de mero observador.

En la investigación experimental también juega un papel muy importante la experiencia del sujeto o de los sujetos que se encargan de aplicar la técnica de control. Esto en dos sentidos. a) En tanto garantiza la debida rigurosidad en el empleo de los instrumentos que intervienen en el experimento, así como sus modificaciones y variaciones sucesivas. b) En tanto esa experiencia, en la cual también se encuentran incorporados los resultados de experimentos anteriores, sirve de base para la elaboración de las hipótesis de prueba y de trabajo, que constituyen la guía teórica de la aplicación de la técnica de control y el desarrollo de la investigación experimental en general. Entonces, aparentemente, la investigación experimental consta de dos momentos contradictorios: 1) el del control objetivo de las condiciones materiales en que se desarrollan o se manifiestan los procesos naturales observados, y 2) el de la elaboración subjetiva de las hipótesis y teorías sobre dichos procesos, producto de la experiencia acumulada en observaciones y experimentaciones sucesivas. Sin embargo, lo que sucede es que ambos momentos se conjugan posteriormente en una unidad objetiva nueva y superior: la unidad objetiva del sujeto y el objeto en su interacción dialéctica dentro del método de la práctica experimental.

Lo anterior quiere decir que en tanto la investigación experimental es ejecutada por individuos, por seres humanos, en ella existe la posibilidad del

(39) Cf. M. Faraday, *Experimental researches on electricity*, Nueva York-Londres, Eneyc. Britannica, 1952, Serie I, 1 y 2.

error de interpretación, del fallo técnico, de la teoría falsa. Pero también quiere decir que esa falibilidad humana se puede desterrar en gran medida mediante el método que comprende a la investigación experimental como una manifestación histórica de la práctica humana general. En dicho caso se tiene, por un lado, que todos los resultados experimentales son siempre parciales, incompletos, perfectibles, y las hipótesis y teorías que se pueden elaborar con base en ellos llevan dentro de sí mismas su limitación. Pero por el otro lado, la parcialidad o incompletez de los experimentos señala su perfectibilidad progresiva, y las hipótesis y teorías son susceptibles de irse determinando de manera más concreta, de irse perfeccionando cada vez más, como un reflejo cada vez más profundo y más conocedor de las entrañas de la realidad. Entonces, el conjunto de los experimentos concretos que se ejecutan en los distintos campos científicos, contribuyen a configurar una concepción general de la naturaleza que toma de ellos los datos específicos y los interrelaciona en sus aspectos comunes y correspondientes, de acuerdo con la experiencia acumulada y las leyes más generales del método. De esa manera se constituye un sistema de categorías basado en la experimentación y la experiencia científica, que constituyen una de las disciplinas filosóficas más importantes: la dialéctica de la naturaleza. En dicha disciplina, tanto la investigación experimental objetiva como la reflexión hipotética y teórica subjetiva, se encuentran objetivadas como momentos separables, pero interactuantes y progresivos del método de la práctica experimental.

2. *Acción Social*

Pero si bien el método experimental tiene un lugar básico y preponderante en las investigaciones modernas realizadas en el campo de las ciencias de la naturaleza, la acción social es la manifestación práctica de la investigación en el campo de las ciencias de la sociedad. Esto quiere decir que el descubrimiento, la comprensión y el control de las interrelaciones y los procesos sociales, se logra fundamentalmente mediante la intervención del individuo en esas interrelaciones y procesos. A diferencia de la investigación científica de la naturaleza, donde la técnica de control sobre las condiciones en que se manifiestan los procesos permite que el individuo adopte finalmente una postura aparente de mero observador, la investigación científica en el campo de la sociedad exige la participación continua del individuo en los procesos que desea desentrañar. La observación de dichos procesos, su análisis abstracto, mental, se debe hacer con base principal en la experiencia acumulada y en la experiencia viva de los acontecimientos sociales, que se van forjando por medio de la práctica social del individuo (40). El control de las condiciones en que se dan los procesos sociales mencionados se realiza primariamente mediante el desarrollo de una labor de organización. Organización sindical, estudiantil, política y militar. Al mismo tiempo, dicha labor de organización no es sino un aspecto más elevado de la acción social misma, de donde se extraen experiencias que esclarecen la intrincada trama de interconexiones sociales en las que se encuentra sumergido el individuo.

La acción social como procedimiento consciente para fundamentar las investigaciones de las ciencias de la sociedad, es un método de práctica científica

(40) La aplicación consecuente del método científico de investigación de las ciencias sociales, fue lo que convenció al sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo a tomar parte activa en el movimiento guerrillero de liberación de Colombia. Su actitud señala un eslabón importante en el desarrollo de la metodología social latinoamericana.

bastante más reciente que el método experimental. Su aparición apenas si cuenta con un poco más de cien años, y su concretización como método propiamente dicho sólo fue posible una vez que se hubo acumulado datos y observaciones basados en innumerables experiencias e incluso en algunos experimentos sociales toscos y primitivos (41). Esos datos y observaciones primeros proporcionaron una base teórica imprescindible, sin la cual la acción social no se puede conducir correctamente en nuestros días. Manifestaron ante todo que la base condicionante de los procesos sociales en su conjunto se encontraba en las relaciones de producción existentes a un nivel determinado del desarrollo económico, o sea, en las relaciones que vinculan a los individuos con los medios de producción material y con los otros individuos de la sociedad. Entonces se descubrió la estructura científica, económica, que determina la división social del trabajo y de las clases sociales, así como también las causas y las leyes generales que rigen el origen, el desarrollo, la lucha y la aniquilación de dichas clases. De esa manera, la experiencia social nueva es capaz de descubrir en los procesos sociales que acontecen, aspectos más profundos, vinculaciones menos evidentes, que se incorporan a una teoría general del desenvolvimiento del hombre y el progreso de la sociedad: la teoría del materialismo histórico. Y además de eso, la experiencia social guía a la acción investigadora por líneas hipotéticas de desarrollo que se tienen que ir confirmando, modificando o rechazando de acuerdo con la práctica, de tal manera que el conjunto de todas las actividades de los individuos organizados conscientemente, revierten como elementos de un experimento social gigantesco y único: el experimento de la revolución mundial del proletariado industrial y agrícola.

En tanto la acción social es la práctica científica que permite al individuo interferir y conocer las relaciones y los procesos fundamentales de la sociedad, la experiencia del individuo parece ser el momento principal del método. Como tal, puede proporcionar la impresión falsa de que: 1) permite de manera predominante el elemento subjetivo dentro de él; y 2) que el experimento, en el sentido de la observación de procesos en condiciones controladas y modificables, le es ajeno. A lo primero debemos responder que la subjetividad de la experiencia social, al igual que la subjetividad del investigador experimental, es elemento integrante de una objetividad superior: la estrategia y la táctica revolucionaria. Sin embargo, su integración se efectúa por motivos y vías diferentes, peculiares. Por un lado, debido a que, como ya lo hemos dicho, la experiencia social sólo adquiere nivel científico sobre ciertas bases teóricas imprescindibles, que en su conjunto ya elaborado constituyen la llamada teoría del materialismo histórico. Por el otro, porque las líneas hipotéticas de desarrollo que se trazan basadas en la experiencia, encuentran que su comprobación práctica solamente se puede efectuar a través de las organizaciones sindicales, estudiantiles, políticas y militares mencionadas con anterioridad, lo cual indica de manera clara que no pueden ser expresión de la experiencia individual y subjetiva, sino del conjunto objetivo de experiencias individuales, o sea, de una experiencia colectiva, tanto por la acción social previa que la produce como por la anuencia volitiva que la acepta. De esa manera, la experiencia del individuo queda integrada como un momento objetivo de la acción social proyectada científicamente.

Respecto a lo segundo, que la experimentación se encuentre completamente excluida del método de investigación social, debemos responder que es falso. En

(41) Estos fueron, en rigor, los efectuados por los socialistas utópicos.

primer lugar, ya señalamos la existencia de experimentos primitivos ejecutados históricamente con anterioridad a que la acción social misma fuese caracterizada como método. En segundo lugar, también indicamos la existencia de un experimento histórico-social gigantesco, que es nada menos que el conjunto de todas las acciones realizadas por los individuos y las organizaciones que coadyudan a la transformación revolucionaria del mundo. En este sentido global la acción social se puede llamar con propiedad experimento, pues en su realización contará con el control de las condiciones económicas determinantes de los otros procesos sociales que serán objeto de estudio: modificaciones en las relaciones de producción, incremento de las fuerzas productivas, comportamiento psicológico y social, desarrollo de la personalidad, etc. Finalmente, en aquellos países donde ya ha triunfado la revolución, se puede hablar de la existencia definida de experimentos sociales concretos, tanto en el terreno de los medios de control de la producción social, como en el de los procesos condicionados por dichos medios de control. Por ejemplo en Cuba, en el terreno de los medios de control de la producción, la organización de las granjas-cooperativas fue un experimento peculiar, creador, independiente de otros experimentos de colectivización agrícola ya comprobados en la U.R.S.S. y en la República Popular China. De manera semejante, la campaña de alfabetización, la reeducación de elementos asociales, la capacitación obrero-campesina, etc., han sido ejemplos de experimentos que se renuevan constantemente en el terreno de los procesos o interrelaciones sociales propiamente dichas.

Sin embargo, queda asentado que el experimento social es distinto en origen, estructura y ubicación, al experimento natural (42). El experimento natural tiene por origen la actividad artesana, la técnica instrumental. Del desarrollo de esta última es de donde surge posteriormente una técnica de control que permite ejecutar los experimentos con una precisión mayor. Estructuralmente, consiste en una observación imparcial y, en apariencia, completamente desligada de los procesos naturales, físicos, químicos o biológicos, cuyo aislamiento relativo, cuantificación y sistematización, revierte en primer lugar en un aumento de la técnica de control. De esa manera se encuentra ubicado en la base y en la culminación del método de investigación de las ciencias de la naturaleza. Por el otro lado, la experimentación social se origina en la acción social, en la experiencia del individuo. Es la acción social la que paulatinamente va brindando el conocimiento y el control de las leyes y los procedimientos de los modos concretos de producción, que finalmente conducen a una planificación económica que permite en su seno a la experimentación. Estructuralmente, el individuo siempre se encuentra inmerso en el devenir de los procesos observados, es parte activa y simultáneamente reflexiva del experimento. De ahí que los resultados reviertan en primer lugar sobre la experiencia de los mismos individuos que efectúan la experimentación. De esa manera el experimento social se ubica como un producto parcial de la acción social, y como un recurso para acumular nuevas experiencias y un conocimiento y dominio mayor de los procesos sociales del modo de producción. Es un momento importante del método de investigación de las ciencias de la sociedad, pero se encuentra subordinado a la existencia adquirida por la acción que es la base y la culminación de dicho método.

(42) Si esta distinción es pasada por alto, el método experimental de las ciencias de la naturaleza se puede aplicar de manera mecánica a las ciencias sociales, creando una degeneración de la experimentación y la investigación social. Un ejemplo claro es la llamada "sociología americana" (estadounidense). Cf. P. Sorokin, *Achaques y manías de la sociología y ciencias afines*, Madrid, Aguilar, 1959, espec. Cap. V

Finalmente debe quedarnos claro que si bien el experimento social es distinto en origen, estructura y ubicación al experimento natural, no por eso deja de ser menos experimento. Esto quiere decir que en ambos casos se trata de una misma manifestación de la práctica humana, aplicada en campos diferentes de la realidad. En el campo de la naturaleza, sirve de fundamento y culminación al método de investigación, que el hombre utiliza para progresar en su conocimiento y dominio de los fenómenos y procesos de la naturaleza. En el campo de la sociedad, se convierte en el resultado histórico de la práctica transformadora, revolucionaria, de las condiciones e interrelaciones sociales en que vive el hombre. Al mismo tiempo, el progreso en el conocimiento y dominio de los fenómenos y procesos naturales, revierte en la práctica social transformadora, en la acción revolucionaria. Y viceversa. Solamente por medio de la transformación de las condiciones e interrelaciones sociales, se alcanzan nuevos niveles cualitativos dentro del conocimiento y dominio del mundo natural. De esa manera, la acumulación de experimentos naturales influyen en la maduración de técnicas para la experimentación social, y los experimentos sociales aumentan la capacidad de la experimentación natural ofreciendo las condiciones económicas apropiadas para ese aumento. El experimento natural, cuyo resultado inmediato es solamente un perfeccionamiento de la técnica de control, produce con posterioridad efectos mediatos de carácter social neto, y de ese modo coayuda en forma básica a la transformación de la sociedad. Y por el contrario, el experimento social que en un principio solamente se nutre y revierte de las experiencias que va acumulando la acción social, al final se constituye en la base impulsadora de un crecimiento acelerado del poder de control y dominio sobre los procesos naturales.

3. *Dialéctica de la práctica como categoría filosófica*

La categoría de práctica es el producto mental que conjuga los diversos aspectos y momentos de la actividad práctica del hombre, según se manifiesta en su desenvolvimiento histórico-social concreto. De esa manera, por un lado, guarda relaciones recíprocas con otras categorías filosóficas y en su interacción con ellas sufre modificaciones y determinaciones progresivas. Por el otro, muestra dentro de sí misma la vinculación, el condicionamiento y la determinación de los conceptos dialécticos que expresan sus diversos aspectos y momentos. La dialéctica de la práctica como categoría filosófica ofrece el movimiento contradictorio y unitario que surge del conjunto total de las determinaciones que se efectúan dentro del concepto, como un reflejo peculiar, concreto, del sistema de categorías filosóficas en su conjunto.

1) *Dialéctica externa de la categoría de práctica.* La categoría de práctica se manifiesta en su modalidad externa como una determinación activa de la categoría de materia, presuponiéndola y aportando simultáneamente sus fundamentos. La materia es, pues, la práctica misma como actividad humana, o el movimiento humano de la materia como exteriorización. Como tal, la categoría de práctica presupone la esencia estructural de la ontología científica, la teoría del materialismo dialéctico, y al mismo tiempo es la categoría fundamentante de esa teoría y de la disciplina científica mencionada. Se determina entonces como acontecimiento espacio-temporal, y las categorías de espacio y tiempo la toman como criterio para determinarse a sí mismas. La práctica es categoría espacio-temporal, y sólo la acción práctica puede comprobar la existencia de una

realidad objetiva propia de las categorías de espacio y tiempo. En ese sentido es la categoría crucial de la metodología de las ciencias sociales y de las ciencias naturales, y producto a su vez del desarrollo científico general. La categoría de ciencia es en toda su extensión, una elaboración de prácticas sucesivas que, en la determinación humana de su espacio-temporalidad, se van manifestando históricamente. La filosofía de la ciencia, pues, como disciplina propiamente filosófica, se encuentra determinada de manera fundamental por la práctica general, y a su vez determina de manera concreta a esa categoría como imprescindible para el progreso del conocimiento y la investigación.

Las determinaciones específicas de la categoría de práctica son las manifestaciones históricas concretas, que la enlazan y vinculan con la teoría del materialismo histórico. Al mismo tiempo, en su concretidad, es el materialismo histórico como teoría filosófica el que esclarece de modo específico a la categoría de práctica. La delimitación del materialismo histórico al aspecto de constructor de la teoría de la acción revolucionaria —mediante la determinación de las leyes más generales de los procesos sociales— no oscurece el hecho de que en sus orígenes haya constituido la teoría esclarecedora de la práctica. Y continúa desempeñando ese papel en tanto: 1) indica los procedimientos generales de la transformación social, y 2), una vez que dicha transformación social se ha realizado, como por ejemplo en la U.R.S.S., debe emprender un análisis reflexivo y detallado de su condición. De esa manera, la categoría de práctica, tomada en su determinación y en su desarrollo exterior, constituye siempre, ya sea de un modo inmediato o reflejo, el meollo insustituible para la elaboración del sistema filosófico categorial.

En sus manifestaciones históricas concretas la práctica expresa determinaciones particulares de su categoría, que conducen al límite propio de su dialéctica exterior. Las determinaciones particulares de la multitud de diversas actividades humanas a que el hombre se dedica en su desarrollo social, expresan los vínculos que relacionan a los diferentes aspectos exteriores de la práctica, con su estructura interior. Con eso no se hace sino cumplir con el precepto dialéctico que señala que en lo concreto se realiza la unión indisoluble de lo particular y lo universal, o sea, que la práctica es al mismo tiempo actividad humana y categoría dialéctica. Pero como precisamente lo universal no consiste sino en un conjunto organizado de particularidades, la categoría filosófica de la práctica concretiza dentro de sí misma las manifestaciones multifacéticas y las propiedades peculiares de la actividad humana, que de ese modo configuran su estructura y movimiento interno propio.

2) *Dialéctica interna de la categoría de práctica.* La dialéctica interna de la práctica se manifiesta ante todo como el reflejo abstracto del desenvolvimiento histórico de sus momentos fundamentales. En su expresión principal, pues, se encuentra constituida por la contradicción de la experiencia y el experimento, como momentos separados, excluyentes, y simultáneamente amalgamados, indisolublemente unidos, de la práctica misma en su ejecución. Pero la simple contradicción de la experiencia y el experimento no contiene, ni siquiera como abstracción, el carácter histórico del movimiento real, material, reflejado. En su conjunto, se debe considerar como la primera negación del desenvolvimiento interno de la dialéctica total de la práctica, y eso frente al momento afirmativo anterior, básico, y ante un momento totalizante, negador de la primera negación. De esa manera, la contradicción experiencia-experimento se asienta sobre la

base o fundamento de la observación como momento afirmativo anterior. Constituye su negación, pero aunque negación simple, no por eso menos dialéctica, ya que solamente cumple la primera fase del desenvolvimiento interior de la categoría de práctica. En otras palabras, la observación se encuentra suspendida (*aufgehoben*) —anulada y simultáneamente conservada— en la contradicción experiencia-experimento. Eso se hace evidente, aunque sólo sea en forma fragmentaria, al analizar por separado las interacciones mutuas existentes entre dicha observación y cada uno de los factores de esa contradicción. En efecto, por un lado, la observación es fuente, elemento nutritivo de la experiencia como factor primario de la contradicción experiencia-experimento. Se puede decir, pues, que el primer momento es la observación-experiencia. Por el otro lado, el experimento es la superación, la transformación activa de la observación. Sin embargo, como no se puede dar un experimento sin una observación previa y una observación posterior, y como tampoco se puede dar un experimento desligado de su vinculación dialéctica con la experiencia, la verdad es lo que venimos explicando: que la contradicción experiencia-experimento niega, suspende dialécticamente, a la observación. Dicha negación dialéctica primaria se manifiesta como una multiubicuidad de la observación frente a la contradicción que la niega. Es su fuente o elemento nutritivo, es su resultado y, todavía más, es su intermediaria necesaria: la experiencia que se adquiere del experimento se extrae, sin excepción, a través de la observación. De tal manera que la verdadera relación resulta ser experimento-observación-experiencia.

La contradicción experiencia-experimento constituye, pues, la negación de la observación, la primera negación dialéctica interna de la práctica. Pero a su vez, dicha contradicción es negada por el momento posterior y totalizante: el método. En el método se asienta la totalidad del movimiento descrito hasta ahora, como una negación de la contradicción experiencia-experimento. Constituye, pues, la negación de la negación. Pero esta segunda negación es también dialéctica, no sólo en relación a su función total, sino por sí misma, como simple negación. Lo anterior se pone al descubierto al considerar los lados de la negatividad que ofrece: el lado de la sistematización teórica y el lado de los procedimientos prácticos. En ambos casos se enfrenta a la observación, pero no a la observación primera como momento básico, sino a la que resulta de su primera negación, a la que resulta del desenvolvimiento de la contradicción experiencia-experimento. En tanto sistematización teórica, el momento del método se enfrenta y niega a esa observación, simultáneamente a que la incorpora a un contexto teórico —verbal o escrito— general. De ese modo también queda negada la contradicción experiencia-experimento. Pero queda negada en el sentido en que es ella misma la que se hace explícita en la sistematización: es decir, queda negada dialécticamente, queda suspendida. En forma semejante, en tanto procedimiento práctico, el momento del método niega nuevamente a la observación. Lo único que esta negación viene a coincidir con la primera negación, a diferencia de que en esta ocasión se capta como el inicio de un ciclo nuevo experimento-experiencia, dentro del conjunto total del proceso experimental y científico efectuado. Y así, la dialéctica interna de la práctica completa el ciclo propio de su movimiento interior, que define al contenido general de la categoría como tal. En determinaciones posteriores manifiesta la condicionalidad de sus diversos aspectos, el constructivo, el destructivo y el indiferente, que constituyen la vinculación concreta de ese movimiento interior con la realidad externa, o sea, que expresan la peculiar situación de una práctica dada en un

momento histórico definido. Una vez que se ha establecido el nexo entre la dialéctica interna y la dialéctica externa de la categoría de práctica, cualquier definición más precisa y afinada de dicha categoría sólo se puede obtener mediante un análisis detallado y exhaustivo de las diversas peculiaridades que se han manifestado, y se manifiestan, en las actividades humanas concretas. La determinación definitiva de la categoría presupone, pues, una ingente tarea de investigación histórica y social. En ella se reconstruiría el desarrollo general de la práctica, a través de las formas variadas y multifacéticas que la actividad concreta de los individuos han ido plasmando en el curso de la historia universal. desde la primitiva elaboración de instrumentos óseos y líticos hasta los vuelos espaciales y la construcción de máquinas electrónicas de alta precisión, desde la forma más elemental de combate contra las fieras y otros grupos humanos hasta los movimientos actuales de liberación proletaria, las huelgas obreras y la lucha guerrillera. Pero esa labor gigantesca es una tarea que sólo se podrá cumplir en el futuro.

